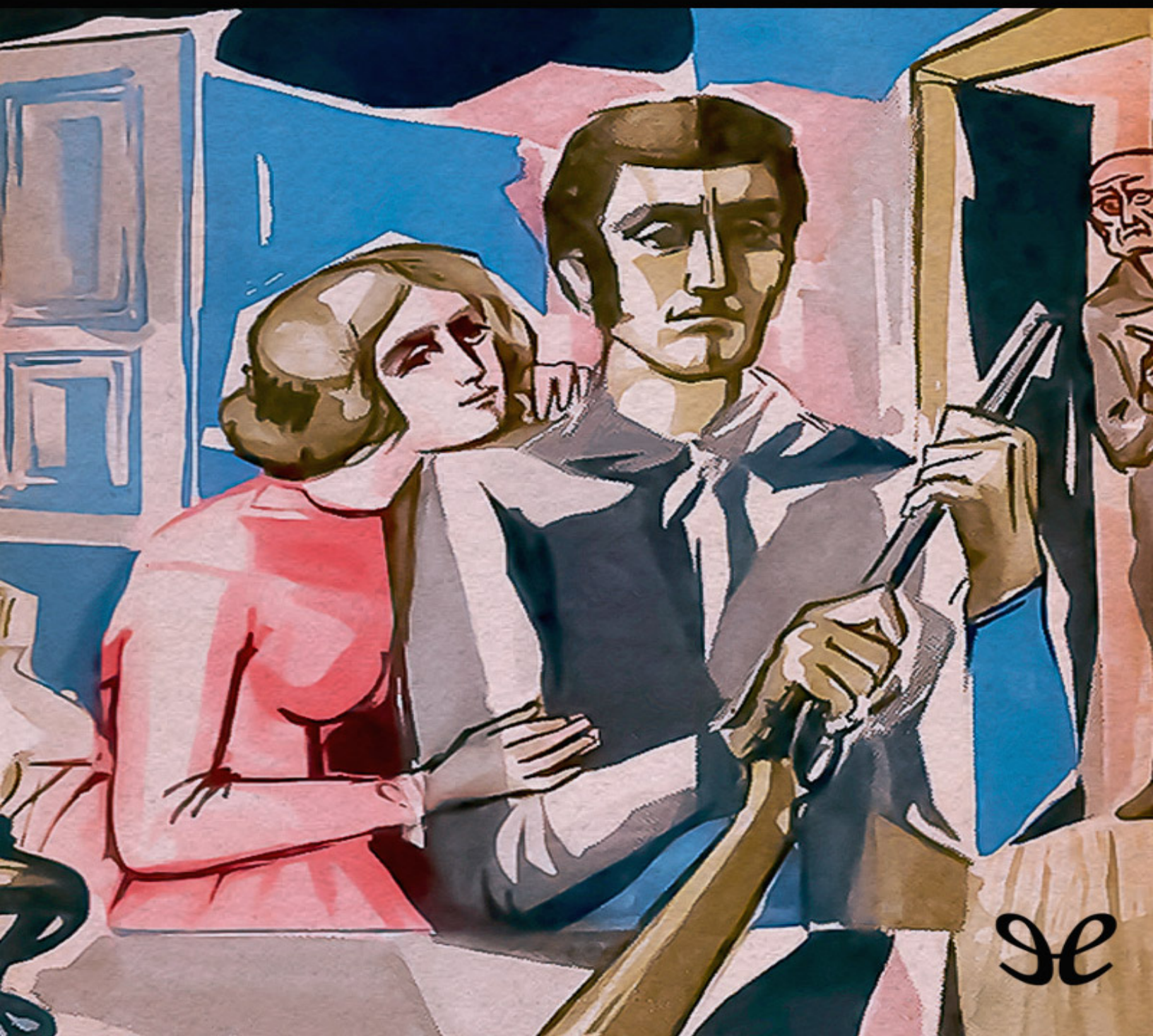


Dalmiro Sáenz

TREINTA TREINTA



A través de estos siete cuentos y relatos cortos, Dalmiro Sáenz exhibe su destreza en este género narrativo. Los personajes de estas viscerales historias suelen marchar hacia la violencia y la sangre para desembocar, casi siempre, en un final imprevisto que sorprenderá a los lectores.

OceanofPDF.com



Dalmiro Sáenz

Treinta treinta

ePub r1.0

Titivillus 05.01.2022

OceanofPDF.com

Dalmiro Sáenz, 1963
Retoque de cubierta: diego77

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

TREINTA TREINTA

NADIE lo vio llegar, y mucho menos Morgan, que estaba de espaldas en ese momento asegurando dos bolsas de semilla junto al asiento del carro. Pero lo cierto es que estaba ahí, montado en ese bayo encerado, sin gestos, sin sonido, sin pilchero, sin perros, como si en la mitad de la calle hubiese crecido una estatua inverosímil.

Cuando dijo —Morgan— la palabra cayó en el polvo de ese pueblito sin nombre en el norte del Chubut, y cuando la volvió a repetir, pareció que fueran las mismas sílabas, que él levantaba del suelo para volver a ofrecerlas al hombre, que unos segundos más tarde se iba a dar vuelta todavía sin la cara de terror que lo acompañaría durante los pocos segundos que siguió viviendo.

El primer disparo le atravesó la cabeza. Morgan todavía no había caído al suelo, cuando una sucesión de balazos desmoronaron la yegua zaina, entre las varas del carro y entre los aullidos de los perros, primero el Corbata y después el Limay, que alcanzados en la paleta desparramaron sus muertes junto al cadáver de su dueño.

Ahora la calle se llenó de gente, salieron de las casas, del Almacén, del boliche, del Hotel de la esquina, sin darse mucha cuenta que estaban formando parte de un círculo cuyo centro era el hombre que ahora boleaba la pierna sobre el anca de su caballo, y tocaba por primera vez el pueblo con sus botas de taco alto y sus espuelas grandes, mientras aún conservaba en su mano un Winchester Treinta Treinta con el cerrojo abierto, y en su cara esa expresión de feroz cansancio que mantuvo mientras caminaba unos pasos sin soltar el cabresto, y el círculo se desplazaba conservando su radio en todo momento, incluso cuando el hombre se detuvo para ponerse en

cucilllas y tocar las manos de su caballo concentrándose un rato en los tendones sudados.

El primero en intentar hablar fue el viejo Fonseca; su chacra bordeaba el mismo pueblo y sus padres y los padres de sus padres se habían inclinado sobre surcos parecidos y habían mirado el mismo cielo con los ojos semicerrados; mientras ahora su hijo, cuyos hijos y los hijos de sus hijos estaban también ahí, con los demás vecinos absortos, cohibidos, abrumados, por esa fuerza que, indiferente a todo, parecía preocupada únicamente por las manos de su caballo, y cuando las palabras del viejo Fonseca, todavía pensamientos sin sonido o por lo menos no el sonido correspondiente a sus pensamientos se oyeron, los hombres —duros, fuertes, burdos, toscos, cobardes sin saberlo, porque sus vidas habían sido duras, fuertes, burdas, toscas y cobardes también sin saberlo, porque esa tierra demasiado seca les había absorbido sus sueños, su hombría, sus cosechas, su dignidad, su tiempo— miraron esperanzados al hombre como esperando una respuesta, una aclaración que justificara la muerte de Morgan, de su yegua zaina y de sus perros.

Pero el hombre al que días más tarde llamarían «Treinta treinta», no levantó la vista hasta después de un rato y cuando lo hizo, no fue para mirarlos sino consecuencia de haber levantado todo su cuerpo, que se inclinó un poco al tomar el cabresto y después caminó unos pasos mirando sobre su hombro las manos del caballo.

Ahora el círculo se siguió desplazando con él a lo largo de la calle y cuando se detuvo frente al jardincito de los Davidson fue porque el hombre había abierto la puerta de madera y hacía pasar el caballo detrás de él, y ahí en el cuadradito de alfalfa y pasto ovillo fue desensillando lentamente, mientras en el vidrio de la ventana la cara indignada de Mary Davidson se descomponía en palabras que jamás habría dicho en presencia de sus padres, pero que tras el vidrio de la ventana admitían cierta lógica que después en la puerta de su casa, que abrió todavía en el envión de su furia, se diluyeron en ese círculo del cual ella ahora también formaba parte junto con sus parientes amigos y vecinos.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hizo? —dijo Mary— y ¿qué hacemos acá callados todos muertos de miedo?

Pero esto lo dijo varias horas más tarde en la reunión de vecinos que se formó en lo del viejo Fonseca, ahora algo desinhibidos de esa presencia que suponían dormida en el mejor cuarto del hotel, después de haber entrado como si fuera su casa y mirado unos instantes las cuatro puertas cerradas, eligiendo una de ellas por la cual pasó y también por la cual unos instantes después saldrían disparadas hacia afuera unas bolsas, dos maletas de viaje, un par de botas cuyo dueño en la reunión de vecinos diría indignado.

— Si no hacemos algo ahora después va a ser tarde, se va a apropiarse del pueblo como hizo con mi cuarto.

—Y con mi jardín —dijo Mary.

—Y con mi marido —podría haber dicho la mujer de Morgan si hubiera estado en la reunión, en vez de estar en su casa con el llanto ya seco, preocupada en calcular cuánto le cobraría su vecino Silvestre en sembrarle las dos bolsas de semillas y cuanto le costaría reemplazar la yegua zaina y unas de las varas del carro, que había quebrado al caer muerta. Porque era un pueblo de agricultores muy pobres y muy solos en la Patagonia ancha del año 94, y el tiempo lento de los años duros sólo había dado tiempo a ese tiempo y a esa dureza, impidiendo el derroche del esfuerzo, del agua, de las virtudes, de las semillas, de los defectos, de las pasiones, de los bueyes; de las mulas, de los caballos de pecho y de cualquier actitud, movimiento o pensamiento que no formase parte de esa férrea determinación de subsistencia.

Uno de los Vanderson fue el que habló después, su cara parecía formar parte de algo mucho más viejo que su cuerpo, tal vez cincelada por esa eterna espera de los que nada tienen que esperar, por lo menos del suelo y de los hombres que llevaban su apellido y que habían dividido su tierra en tantas partes como hijos eran, y cada uno de ellos trabajaba esa parte como si él ya no existiese desde el día aquel, en que sus manos dejaron de cerrarse sobre las empuñaduras del arado, para apoyarse abiertas en el dolor de su cintura, de donde parecían no haberse apartado desde entonces, y mucho menos en ese momento en que sus manos no sólo encerraban su cintura sino también sus palabras cuando dijo:

—Yo no puedo hacer nada... el reuma, saben, el reuma... pero en casa tengo un fusil viejo y algunos de ustedes también tienen armas... Y si nos

juntamos...

— Ninguno de nosotros sabe tirar, hace años que no tiramos un tiro y los pocos que tenemos armas ni sabemos en qué parte del galpón las tenemos guardadas, yo creo que tenemos que esperar a que se vaya. Para qué se va a quedar acá si no tenemos nada que le pueda interesar.

— Tal vez lo están persiguiendo, tal vez algún baqueano de la policía le está siguiendo el rastro —dijo alguien— tal vez lo mejor sea esperar.

—Y dejar mientras tanto que sea dueño del pueblo —dijo Mary indignada— dejar que su caballo viva en mi jardín y se coma el alfa de mis pollos.

— No —dijo una voz del fondo del grupo. Entonces todos se dieron vuelta, Mary, el viejo Fonseca, Davidson, los dos Mayer, Santos el mayor de los Faisca, las mujeres, todos se dieron vuelta, porque ese «no» formaba parte de las palabras que cualquiera de ellos querría haber dicho, y lo miraron por eso, como mirándose a sí mismos, como cuando miraban sus campos con las espigas triunfantes sobre la erosión y la seca o como cuando miraban a sus hijos en algún atardecer quién sabe cuándo. D'Acosta que no oía muy bien dijo a alguien:

—¿Quién es?

—Forester —le dijeron.

—¿Cuál de los Forester?

—El menor.

El que hasta ese momento era considerado en la chacra como un chico, porque sus dos hermanos eran bastante mayores, y que ahora dueño de ese «no», de las miradas, de la sonrisa que Mary le había dedicado, dueño además de las respuestas al aluvión de preguntas que después surgieron.

—¿Vos?

—¿Cómo?

—¿Con qué? Él tiene un Winchester treinta treinta, vos ¿qué tenés?, una escopeta vieja que ni siquiera sabés si funciona.

Entonces el más chico de los Forester habló, y sus palabras escuchadas como no lo habían sido nunca en cerca de veinte años fueron éstas:

— Yo lo vi al hombre cuando lo mató a Morgan, llevaba el treinta treinta cruzado sobre el recado y empezó a tirar sin llevarse siquiera el rifle a la

cara, a Morgan le atravesó la cabeza, a cada perro le pegó en la paleta y a la yegua le metió cuatro balazos casi en el mismo sitio. Todos nosotros juntos con buenas armas nunca podríamos ni siquiera empezar una pelea con él y mucho menos terminarla.

Por un instante se quedó callado, mientras pasaba la palma de sus manos por el pantalón descolorido, igual que hacía cerca de diez años en la cocina de su casa, cuando sus ojos se agrandaban de admiración ante las hazañas que el padentrano Silveyra contaba lentamente, subrayando la autenticidad de cada pelea con los tajos hondos de su cara vieja, impasible junto al fuego familiar, como lo estuvo los días subsiguientes cuando ambos descalzos con cuchillos de madera con la punta tiznada trataban de alcanzarse en esas primeras lecciones de rudimentaria esgrima, que harían al más chico de los Forester decir diez años más tarde:

—Sólo hay una forma, desafiarlo a pelear a cuchillo.

—¿Qué?

—Sí, a cuchillo, me fijé en sus manos, no tiene los dedos tajeados, no debe ser cuchillero dijo con sencilla seguridad como lo hubiera dicho el padentrano Silveyra.

Al fin de esa noche la decisión estaba tomada. Forester desafiaría al «hombre del treinta treinta» como le decían al principio —y después «treinta treinta» sólo, como le dirían más tarde— a pelear a cuchillo de manera de hacerlo separarse del winchester y una vez iniciada la pelea retrocedería hasta alguna parte, donde estarían apostados algunos de los vecinos con sus horquillas de emparvar, con palos y hasta con los perros.

Cuando amaneció, Treinta treinta ya estaba en el jardincito de Mary, su caballo al extremo del atador se dejó acariciar nervioso y cuando él en cuclillas observaba los vasos, la mirada de Mary a través del vidrio de la ventana recorrió su nuca, su espalda y el cabo de plata que asomaba sobre el borde de charol del tirador. Después su mirada volvió a la nuca y sin darse mucha cuenta se demoró un rato en el perfil violento y cuando sus ojos se encontraron ambos quedaron contentos de sí mismos.

Él volvió a su caballo, ella al interior de la casa, que había construido su padre como un límite de sus sueños y que ella había aceptado durante cerca de diecinueve años, pero que ahora y ahí, con el hombre cuyo caballo

todavía masticaba la alfalfa de sus pollos a pocos metros de su desconcierto, le pareció chica, mezquina, agresivamente propia y tal vez ajena.

Sus manos y sus antebrazos enharinados detuvieron su accionar unos instantes más tarde, cuando la voz de su padre invadió la cocina y desalojó sus pensamientos cuando dijo:

—¿Te va a alcanzar la leña?

Y ella dijo —no— sin saberlo, como una pueril venganza a no sabía qué.

Ahora su padre estaba dentro de la cocina y de su camiseta y de sus alpargatas y de los pantalones sostenidos por la faja negra pero fuera del desasosiego de la angustia de lo que estaba afuera y que él ahora miraba por el vidrio de la ventana mientras decía:

—Todavía está el caballo.

—¿Y el hombre?

—No, el hombre no está.

—¿No está?

—No.

—Estaba hasta recién.

—Ahora no está. ¿Fuiste a la reunión anoche?

—Sí.

—¿Qué decidieron?

—Desafiarlo a pelear a cuchillo.

—¿Qué?

—Desafiarlo a pelear a cuchillo —repitió el más chico de los Forester dos horas más tarde, mientras sus manos abiertas con las palmas hacia atrás colgaban sobre sus muslos y los pies un poco separados listos para aumentar la distancia si fuera necesario, como le había enseñado el padentrano Silveyra y tal vez como lo hubiera hecho si no hubiese muerto en esa rodada por Río Chico para dispersarse en piches, peludos, gusanos y aguiluchos, momentáneos depositarios de su carne y de su sangre.

«Treinta treinta» lo miró en la mitad de la calle, no muy lejos del lugar donde había muerto Morgan, y los vecinos apostados en donde habían convenido dijeron después haber visto y oído más o menos esto:

—Como guste.

El más joven de los Forester con la mano derecha alerta, tensa, detenida a escasos centímetros del cabo de su cuchillo, mientras las manos de «Treinta treinta» parecían ajenas a la situación, también ajena para su cara, para sus brazos, para el winchester que colgaba indiferente a lo largo de su cuerpo.

—Con cuchillo —insistió Forester.

—Si usara el rifle a esta distancia estaría loco —fue la respuesta, y Forester ya no se sintió importante, sino que era nuevamente el más chico de los tres hermanos y su mano se aferró a su única fortaleza que era el cabo de ese cuchillo, hecho para cortar el pan, desvasar su caballo, carnear capones, pero que ahora, en el aire quieto de su última tarde, se tocaría con la hoja cuyo filo, contrafilo y su punta, hechos de una forma para que su forma no tuviera casi resistencia al entrar en la otra forma, empujada por el brazo, veloz, implacable, experto, que había parado los dos torpes y primeros hachazos y desviado una puñalada para entrar, esa forma en la otra forma, todavía parada con ambas manos sobre el asombro de la herida como enmarcando el nacimiento de la muerte, de lo oscuro, del miedo, de la sangre que empapaba el pantalón y corrían por sus piernas duras, sosteniendo el peso del hombre que ya se sabía muerto, mientras decía con una voz infantil, asustada, lejana en el tiempo, como surgida de su infancia.

—Me voy a morir.

—Sí —dijo Treinta treinta, no como un mandato o una decisión, sino como un acatamiento a algo más poderoso mientras bajaba la vista hacia el suelo como esperando a ese cuerpo.

Cuando cayó, todos se acercaron corriendo, sus dos hermanos, sus amigos, sus vecinos y el más chico de los Forester fue dado vuelta y abrazado por el más chico de los Forester, pero que aún no lo sabía, y la sangre con el respaldo del corazón detenido, ya muerta ahora, quieta, sin objeto, llenando las manos impotentes del que ahora ya sabía que era el más chico de los Forester, que miraba sus manos empapadas en esa sangre propia y ajena, que aceleraba la otra sangre también propia y también ajena.

Treinta treinta se había dado vuelta y caminaba despacio, llevando el winchester como una muleta ociosa bajo el brazo izquierdo y cuando aquél se incorporó —dejando con suave respeto en el suelo el cadáver del que le

había otorgado un nombre, una violencia imperativa justiciera y el mandato perentorio de su amor y de su odio— se detuvo sin llegar a darse vuelta, pero miró un poco sobre su hombro como esperando. Forester embistió y fue ése el momento importante en ese pueblito sin nombre en el norte del Chubut, porque la órbita y el sonido que la culata del winchester produjeran ese día, perduró para siempre en el recuerdo de esos hombres, que ahora de espaldas a los hechos, se alejaban vencidos del segundo de los Forester, que con la mandíbula destrozada por ese culatazo, indiferente, desdeñoso, velocísimo, aullaba de dolor en el suelo con la cara entre las manos.

Y volvieron a sus trabajos, a sus chacras, a sus semillas, a sus arados, a sus mujeres, a sus hijos, mientras Treinta treinta quedaba dueño de ese pueblo que parecía no interesarle en absoluto, recorriendo su única calle, viviendo y comiendo en el hotel, entrando a veces en el almacén y tomando lo que necesitaba, primero ante el estupor disimulado, luego la indignación callada y por último la indiferencia de sus dueños.

Porque ahora aceptaban esa dependencia como habían aceptado otras, como las secas, como la erosión, como los vientos, como los precios cada año más bajos de sus cosechas, llevadas a través de la distancia larga y pisoteada por los bueyes y por las mulas.

Nunca hablaba con nadie, ni siquiera miraba a los que lo miraban, y aquella vez que pidió una piedra de afilar, nadie se extrañó cuando uno de los vecinos fue a buscarla a su casa y se la trajo, porque al adueñarse de las cosas se había adueñado de los poseedores de las cosas, porque las cosas en los desiertos como en las grandes ciudades justifican las vidas y las vidas dependían muchas veces de la posesión de las cosas.

Mary Davidson era la única persona del pueblo que le hacía volver la cabeza cuando sentado en los escalones de la galería del hotel la veía pasar. Un día la chistó y ella se detuvo y cuando él le hizo señas que se acercara, Mary Davidson lo hizo.

—¿Qué?

Él insistió en su gesto y ella se acercó más, con su dócil rebeldía distribuida entre las cejas y los ojos y algo en las palabras.

—¿Qué quiere?

—El bayo le va a terminar el alta.

—Y... —dijo ella.

—En el boliche tienen semilla, se podía sembrar algo detrás de la casa.

—No alcanzaría el agua.

—Es una lástima, por sus pollos digo yo.

—Y, qué se le va hacer.

Después los dos se quedaron callados un rato hasta que ella señaló con la cabeza el winchester y dijo:

—¿Y eso siempre lo lleva?

—Ahá.

—El finado Don Rosas tenía uno.

Después el silencio nuevamente y ella dijo:

—Me voy.

—Hasta luego.

Cuando llegó a su casa se miró en el espejo de la cocina y el pelo fue puesto y retirado de detrás de las orejas una y otra vez, en sucesivos y rabiosos intentos de parecerse a sí misma y cuando terminó de peinarse sonrió al mirar su propia sonrisa ocultarse tras la seriedad de su cara.

Afuera la tarde desierta se arremolinaba de viento, nadie cruzaba la calle y si alguien lo hubiera hecho sería inclinado, entrecerrando los ojos y protegiendo su cara de la tierra agresiva. Treinta treinta desde el bar del hotel miraba hacia afuera con su cara indiferente enmarcada entre el barbijo negro de su sombrero negro, mientras su misma cara sin barbijo y sin sombrero, horizontal, sobre una mesa al principio y luego pasada de mano en mano, junto con las palabras: «BUSCADO» «\$ 20 000 por su cabeza» parecía también mirar indiferente las miradas nada indiferentes de los hombres.

—¿Dónde estaba?

—Hace mucho que lo trajeron, me dijeron que lo clavara en la pared del boliche, los \$ 20 000 los da el Banco de Londres de Río Gallegos. A mí la cara me pareció conocida, entonces le dije a ella, buscá entre los papeles.

—Veinte mil pesos —dijo alguien.

Y todos pensaron en los veinte mil pesos, que era casi el doble que el valor de sus chacras y de sus animales y de los arados y de sus herramientas y de sus carros. Y uno de los más viejos, seguramente Fonseca, dijo:

—Si lo matamos entre todos podríamos dividirnos la plata.

El más chico de los Forester dijo:

—No.

Nuevamente un Forester fue mirado por todos, porque cada uno de ellos se sintió un poco dueño de ese «no», porque Treinta treinta ya formaba parte del pueblo y lo habían visto comer y bostezar y estirar la mano para tomar un vaso y afeitarse y lavarse y secarse la cara con la toalla junto a la bomba del patio del hotel. Por eso ahora, familiarizados con los movimientos del hombre que hasta ahora no había sido más que movimientos, la jerarquía de su terror había sido sustituida por el acatamiento a una serie de condiciones, yeso había dado a los habitantes del pueblo, la seguridad que sienten los hombres libres cuando eligen el camino de la esclavitud. Y el miedo ya no lo tenían, como no tenían miedo a las secas, o al hambre, porque sus leyes eran inexorables y no existía el elemento fundamental del terror, que es el de la posibilidad de la elección.

—... Y el que lo mate tiene derecho a los veinte mil —terminó de decir el más chico de los Forester, y el murmullo de aprobación que siguió a sus palabras se prolongó horas después en las casas respectivas, ante bocas entreabiertas de asombro ante la magnitud de la cifra y ojos abiertos ahora nuevamente de miedo ante la idea de ser ellos los autores de esa muerte, ante la idea de afrontar nuevamente la posibilidad de la elección.

—Veinte mil. Te das cuenta, veinte mil.

—Pero ¿cómo?

—No sé cómo, pero tiene que haber alguna forma.

—Con veneno —era la tesis defendida en alguna casa.

—A la noche, cuando esté dormido —decían en otra.

—Un tiro por la espalda desde una ventana. Eran ideas, eran proyectos, eran sueños, eran hombres nuevamente con miedo, eran hombres nuevamente libres, eran hombres; y era Mary, y era Treinta treinta, abrazados junto a un molle en las afueras del pueblo, apretados uno contra el otro mientras sus bocas aplastaban los besos y el winchester ahora extendido en el suelo, paralelo a las sombras que la luna acostaba sobre el polvo.

No hablaron por un rato largo, como con miedo a esa primera palabra y la cintura de ella dando forma a esas manos, que a su vez daban forma al arco de su cuerpo, tan junto al otro cuerpo que la noche parecía quedar fuera.

Hacia arriba las distancias se interrumpían una a una en cada estrella y hacia abajo la tierra estaba quieta como esperando.

El vestido se apelotonó junto al tirador y al cuchillo y ella sobre el poncho extendido estaba desnuda, la luz de la piel parecía iluminar la luna y las manos de él se detenían a veces en alguna parte.

Entre los muslos se notó más la suavidad y la aspereza de ambas pieles y la rodilla al flexionarse liberó la mano de su momentánea quietud y ésta siguió entonces su ávido recorrido por el cuerpo. Cuando las piernas fueron separadas él la poseyó, y sus figuras sobre el plano del mundo parecían una sola oscuridad, convulsionada, absurda y sin motivo, y la figura del mundo, desde el plano del poncho extendido, parecía para Mary y Treinta treinta, una sola oscuridad, convulsionada, absurda y sin motivo.

Alguno de los dos dijo:

—Para siempre.

Tal vez sonreían.

Desde esa noche el pueblo se empezó a sentir dueño de Treinta treinta, porque los hombres son los que con sus apetitos y los sueños se nutren de esos apetitos y los habitantes del pueblo soñaban en la forma, en el momento, en el lugar en que esas manos laboriosas, toscas, cobardes, avarientas, fueran dueñas de esa muerte. Por eso lo miraban, lo observaban, trataban de acercarse, mirándose recelosos unos a otros por miedo a que alguien se adelantara, porque poco a poco fueron sintiéndose dueños de esa vida que ajena a todo seguía desplazándose por la calle, dentro del hotel, en el boliche, en el almacén, actuando como si fuese el poseedor de ese pueblo, cuando en realidad ahora era el poseído.

Un lugar estratégico para disparar sobre su espalda al entrar al hotel, ubicado en una lomita oculta de duraznillo, fue disputado a golpes por dos de los vecinos. Otra vez un hombre quedó de guardia toda una noche bajo la ventana de Treinta treinta, por sospechar que otro lo iba a atacar. Alguien otra vez le volcó un vaso de vino como por descuido, ante la sospecha de

que tuviese veneno. Le cuidaban la vida, para poder tener después la exclusividad de su muerte; trataban de hacerse amigos de él y hasta las mujeres se acercaban a Mary que ignoraba todo, con forzada zalamería y ella con su nueva felicidad a la noche sobre el poncho extendido le decía:

—Están todos mucho más buenos, me quieren más que antes, hasta a vos me parece que te quieren.

—Ahá.

—Sí, en serio, te han perdonado, ya no te odian.

—¿Y vos?

Ella se reía y lo besaba con infantil y femenino sentido de propiedad, como si fuera poseída, pero también poseedora de aquel que la poseía.

—Sabés una cosa, hasta papá me pidió que entraras a casa a tomar un vaso de ñaco. ¿Te gusta el ñaco?

—Sí.

—Entonces vení mañana. Pobre, sabés, está viejo, y yo antes era mala con él. Desde que te conozco soy mucho más buena con todos.

El vino se enturbió cuando la cuchara revolvió el ñaco del fondo de los vasos. Mary excitada de orgullo y de nervios le decía a su padre:

—Te va a gustar, vas a ver, habla poco y es distinto, pero te va a gustar.

Distribuyó los vasos sobre una carpetita, lo miró y le dijo:

—Papá, tu camisa, cambiate, sé bueno... apurate que ya va a llegar.

Cuando el padre volvió, ya Treinta treinta había llegado. Los hombres se estrecharon la mano en el medio del cuarto y Mary los miró feliz sintiendo que todo era distinto y cuando dijo:

—Acá no necesitás esto —le sacó el winchester de las manos y su mirada se demoró encima, o tal vez debajo de la mirada de él, y cuando llevó el rifle al otro cuarto, no se dio cuenta que lo llevaba abrazado contra el pecho, como si esa arma fuese una parte viva del hombre que en ese momento miraba sin miedo a la escopeta de dos caños que lo apuntaba.

Cuando Mary volvió, ya su padre había oprimido la cola del disparador y el clic que se oyó, enmudeció ese grito en su garganta que quedó ahí frustrado, como el estampido que no se produjo, como los perdigones que nunca salieron del cañón viejo de la escopeta.

La mirada golpeó en la cara de Mary, y ella desesperada no podía hablar, su padre hincado en el suelo pedía por su vida, mientras el cuchillo que pareció haber crecido en la mano de Treinta treinta fue depositado lentamente sobre la mesa, junto al ñaco ya apaciguado en el fondo de los vasos.

Después salió, y al cerrar la puerta dejó atrás las palabras para volver a su lenguaje de movimientos, caminó unos pasos y se detuvo, quieto, con los brazos algo separados de ese cuerpo, sin gestos, sin idioma, sin armas, sin caballo, como un Cristo dejado abandonado en la mitad de la calle.

Al verlo desarmado se fueron acercando, lo rodearon temerosos y alejados al principio, formando un círculo cuyo radio se achicaba de codicia instante tras instante. Después fue la horquilla de emparvar del viejo Fonseca clavándose sobre su hombro y en seguida todos, Mayer, Santos el mayor de los Faisca, los dos Forester, los hombres, las mujeres, los chicos, los perros, todos precipitándose como hienas hambrientas sobre un león herido. Eran palos y cuchillos y puños y piedras, destrozando esa carne, derramando esa sangre que cada uno de ellos consideraba propia.

Cuando el primer disparo se oyó, el círculo se abrió de asombro como si ese cuerpo lacerado hubiese sido el autor del balazo, oído por todos menos por el viejo Fonseca que cayó boca abajo sobre su propia herida, y cuando apareció Mary con el winchester en la mano disparando sobre el grupo, los que no cayeron se dispersaron aterrados.

Ahora era Mary junto a Treinta treinta, llorando y haciendo fuego sobre las últimas espaldas ya lejanas. Inclínada sobre el cuerpo abrazó su cabeza y después de un rato dijo seriamente:

—No sé si estás muerto o si estás vivo, pero sé que en algún lado tenés que estar, porque los hombres como vos no desaparecen. Sé que me estás escuchando, sé que sabés ahora que yo no sabía nada cuando te saqué tu winchester.

Entre la sangre de la cara, los ojos de Treinta treinta estaban cerrados, el pelo empapado sobre la frente parecía una pincelada más intensa. Ella prosiguió:

—Si estás vivo vaya curarte y vas a ser mío para siempre y si estás muerto vaya enterrarte y vas a ser mío para siempre.

Levantó la cabeza y a través de sus lágrimas miró el desierto que aparecía entre las últimas rasas ahí donde el pueblo ya se acababa, miró hacia atrás, y la cara de su padre la miraba a través del vidrio de la ventana, miró hacia el costado y en la calle vacía flotaba casi inmóvil el humo de sus propios disparos, miró hacia arriba y en el cielo sin nubes no había nada. Después inclinó su cabeza y le dijo:

—Treinta treinta.

Como los párpados estaban abiertos, ella alcanzó a ver el cielo reflejado en las pupilas. No dijo: «Dios mío», pero volvió a repetir:

—Treinta treinta.

OceanofPDF.com

¿QUÉ?

LLOVÍA sobre los techos de las casas, sobre las calles, sobre las veredas, sobre la ciudad mojada que se reflejaba a sí misma en el espejo negro del asfalto.

Ana estaba diciendo —tengo miedo— cuando el hombre sentado junto a ella detuvo el limpiaparabrisas y el ruido de la lluvia pareció repiquetear con más fuerza sobre el techo del camión detenido al cuatro mil de cualquier calle.

—¿Dónde estamos? —dijo casi llorando— quiero irme a casa.

Y el hombre, que ella sabía que se llamaba Pedro y que mantenía sus manos sobre el volante ahora, pero que hacía unos instantes la habían apretado, acariciado, roto el cierre de la pollera y uno de los ojales de su blusa, mientras ella se defendía con sincera indignación y apretaba sus labios y sus muslos en un inútil forcejeo, contra esos brazos, contra esa boca, contra esas manos que ahora sobre el volante, parecían dos animales saciados y conformes.

Ana lloraba cansada y triste mientras el hombre que una hora antes le había dicho desde la ventanilla del camión —Si va para el centro la llevo— y que ella bloqueada por la lluvia y apurada por la hora había contestado —Sí— ahora miraba su pelo caído sobre la cara y su cara bajo las lágrimas grandes, que desde los ojos grandes bordeaban la nariz, la línea de los pómulos y algunas de ellas entraban en su boca.

—¿Por qué? —pudo decir entre dos sollozos. Y el hombre sacó un pañuelo del bolsillo del saco, con un olor tan lejano que parecía un recuerdo, pero que ella no olió, a pesar de tenerlo ahora sobre su nariz cuando el hombre le dijo:

—Soplá.

Ana sopló, lo tomó con sus manos y volvió a soplar ahora más fuerte mientras limpiaba un poco sus lágrimas aplastadas sobre los pómulos, sobre los bordes de la nariz y sobre los ojos también aplastados por el pañuelo, que ella plegó con ancestral pulcritud como guardando su llanto dentro de él.

Entonces el hombre le había dicho.

—¿Dónde querés que te deje?

—Acá, me bajo acá.

—Te vas a mojar toda, ¿dónde vivís?

Ella dijo la dirección de esa casa que rebalsaba ese cuarto, que no era ni feo ni lindo ni sórdido ni alegre ni frío ni triste ni siquiera chico, con el papel híbrido de sus paredes, con la radio en la mesa de luz, con una fotografía de ella misma sonriendo trás el vidrio y entre los cuatro límites del marco.

El hombre manejó lentamente, en la noche destrozada por las luces de los coches, de los faroles, de algún cartel luminoso cuya luz empapada dejaba ver la lluvia que continuaba.

Él le dijo después de un rato:

—No es muy importante, ¿sabés? y ella más tranquila había contestado:

—No, ya sé.

—Tenía como rabia.

—¿Rabia?

—Sí, creo que sí.

—¿Rabia?

—Sí. Es como si te fuera tan fácil ser como sos.

Ana no preguntó —¿cómo soy?— para que él no contestara linda o bonita o algo así. Porque estaba como cansada de esa cara y ese cuerpo que le habían proporcionado un empleo de modelo y unos cuantos amores frustrados y mar chitos. Pero lo miró en los ojos cansados cuando le dijo:

—Siempre me pasa, todo termina así.

—No —dijo él— no es eso, parece que fuera eso pero no es eso.

Ella no entendió y probablemente él tampoco porque después dijo:

—Es como ganas de decir cosas.

* * *

—Es la necesidad de trascender —dijo María José, y su marido desde el otro extremo de la mesa se rio fuerte y le contestó:

—Trascender, lograrse, canalizar, frustrar, son las palabras que están de moda. Cada diez minutos María José las dice.

Los demás comían y María José insistió:

—Es lo que nos pasa a todos: necesitamos trascender —y algunos se reían y otros masticaban y alguien dijo a alguien:

—Hoy no hay cosa más cache que no ser cache.

Y el tema ahora era otro, como pasaba siempre, como pasaban las horas y los días y los años y las casas y las bocacalles que iban quedando atrás del coche que el marido de María José manejaba después de esa comida en San Isidro.

Ella sentada a su lado dijo:

—Sí, muy simpáticos —porque él le había dicho: Qué simpáticos son los Pereyra— y ahora el silencio que rodeaba casi siempre esos diálogos dependientes de lo inmediato, de lo tangible, de lo simple, de lo que surgía tras los pensamientos basados en pensamientos ya estipulados, y de los hechos basados en otros hechos también estipulados o por lo menos previsibles, dentro de esa lógica estipulada de jerarquización de lo previsible.

Cuando el coche se detuvo la lluvia dejó de caer en el círculo de la vereda bajo el paraguas recién abierto, y cuando entraron en la casa, él le dijo un poco antes de que ella sonriera:

—Estabas muy mona hoy.

—¿Y ahora?

—Ahora también y vas a estar más dentro de un rato.

—Tal vez sea esto lo importante —pensó María José con el camisón ya puesto sobre su cuerpo recién venido de su desnudez frente al espejo del baño, que había reflejado su juventud sin trabas, para sus ojos, para sus manos, para las otras manos que la esperaban frente al otro espejo de su cuarto, y que ahí, después del beso largo y ancho y activado por los labios y

las lenguas dóciles y agresivas, se había apretado contra el otro cuerpo también recién venido de su desnudez bajo el pijama.

—¿Por qué nos gusta hacerla delante del espejo? —dijo María José mirando sus propias palabras reflejadas, y que tal vez vinieran del fondo del otro espejo o del fondo de los tiempos, pero ahí, la forma de los labios y sus movimientos tenían una vigencia mucho mayor que las palabras, y cuando éstos quedaron entreabiertos sin palabras, el vislumbre parcial de sus dientes dejó sin contestar bajo los besos, la pregunta ya contestada.

Ahora estaban sobre la cama y los movimientos tenían algo de dependencia a otros movimientos, como si en ese diálogo de posiciones lo espontáneo estuviese supeditado a posiciones, como dos boxeadores accionando en el centro de un ring o como las ideas de los hombres.

Cuando él le dijo:

—¿Terminaste?

Ella no necesitó simular como otras veces porque había tomado whisky y vino en la comida y después cognac, y ahora los dos quietos se sonrieron sobre la almohada.

—Tal vez sea esto lo importante —pensó María José.

* * *

Ana caminó varias veces con distintos vestidos y la misma semisonrisa por la alfombra verde de Astesiano, el brazo se balanceaba en un estudiado y antinatural movimiento, mientras la mirada por encima de las cabezas de los clientes parecía escudriñar un horizonte cercano, ambiguo e inexistente.

Ya era tarde cuando las luces se fueron apagando trás la última señora que parecía nunca irse.

Las modelos se desvestían colgando con cuidado los vestidos ajenos e introduciéndose apuradas en los vestidos propios, que luego tapaban con los tapados también propios de corte color y precio similares a otros muchos.

Ana ahora, y la calle y el primero y el segundo y tal vez tercer paso que la acercaban al cuarto aquél ni feo ni lindo ni sórdido ni alegre ni frío ni triste ni siquiera chico, pero cuya puerta no se abriría a la hora acostumbrada porque a esa hora Ana estaba diciendo:

—No sé porqué vine.

—Yo sí —dijo Pedro.

—¿Por qué viniste? ¿por mí?

—No, por mí.

—Cuando te vi ahí en la puerta esperándome, pensé que estabas loco, después de todo después de lo mal que te portaste después de... ¿cómo sabías que trabajaba ahí?

—Vos me dijiste.

—¿Sí?

—Sí. Me contaste que eras modelo que vivías sola que habías estado dos veces de novia.

—Y vos a mí ¿qué me contaste?

—Que me llamaba Pedro.

—Que te llamabas Pedro, que te daba rabia que me fuera tan fácil ser como soy... ¿por qué estoy ahora acá, me podés contestar eso?

Él miraba adelante y ella bajó la ventanilla, porque estaban en el camión yendo bastante ligero por la costanera junto al río, y el viento se desordenaba en el pelo de Ana, que con los ojos semicerrados estaba sonriendo sin saberlo.

Se vieron al día siguiente y al otro y al otro, y junto a una pared en algún lado él le tomó la mano un rato largo, mientras la tarde que ya casi no se veía sobre el empedrado de la calle se demoraba un poco más sobre los árboles. Ana lo miró en los ojos como descubriéndolo, y unos chicos pasaron junto a ellos con la pelota bajo el brazo por fin quieta, y era Ana ante Pedro recién llegada del asombro.

Cuando volvieron al camión ella dijo lentamente:

—Pedro, esto es muy serio. Todo es muy serio, estoy una barbaridad de enamorada, tengo miedo.

—¿De qué?

—De vos y yo, somos tan distintos, queremos cosas tan distintas, quiero pensar como vos, hacer lo posible para pensar como vos, para que me gusten las cosas que a vos te gustan, quiero conocer te, saber todo. ¿Dónde vivís?

—En un hotel.

—¿Cómo es tu cuarto?

—Es un cuarto. Casi nunca estoy.

La mano de ella se detuvo en la manga de la campera de él, sobre la forma y el volumen de los músculos del brazo, totalmente distintos a otros brazos sin forma y sin volumen, que alguna vez habían aprisionado no sólo su cintura sino también su pasado, y que ahora también parecía sin forma y sin volumen.

—Pedro.

—¿Qué?

—Quiero más... no bobo, más de vos, ¿cómo es tu vida?, ¿tenés amigos?

—Algunos.

—¿Quién por ejemplo?

—Pascualito —dijo él al presentarlo al día siguiente en la mesa de ese café, en una esquina formada por dos calles de nombres inverosímiles para Ana, cuya mano acababa de soltar la otra mano que ahora reposaba sobre la mesa junto a las cáscaras de maní y los carozos de las aceitunas y de un poco de la soda que había rebalsado de uno de los vasos.

Los tres se miraron y Ana dijo:

—Pedro me ha hablado mucho de usted —y como ninguno de los dos decía nada ella insistió—; me contó que a veces usted lo acompaña cuando tiene que hacer algún viaje largo con el camión.

—Y... sí, a veces —dijo Pascualito sonriendo a través de los dientes que le faltaban, en esa boca que parecía hecha para no tener dientes o para esa risa que cada tanto surgía casi sin motivo, ronca, lejana, como recién llegada de algún tiempo vasto e ilimitado.

—Jugamos juntos al fútbol —había dicho Pascualito y Ana quiso decir.

—¿Ah, sí?

O tal vez lo dijo, pero debajo del «¿Te acordás? de Pedro» y de las anécdotas y recuerdos de ambos hombres que llenaron su silencio.

Volvió a intentar hablar una vez más, pero sus temas parecían morir con sus palabras, y esa noche en la cabina del camión sobre el pecho de Pedro lloró un rato largo y después dijo:

—Ves ves, es inútil, somos como extranjeros... me hubiera gustado ser amiga de tus amigos... pero no se puede, no ves que no se puede. Ese Pascualito tuyo no me escuchaba ni le interesaba y lo que es peor a mí tampoco me interesaba, le tenía como asco.

Él le acarició el pelo y miró su mirada y cuando le dijo:

—A él tampoco le gustaste —ella levantó la cabeza y dijo:

—¿No?

—No.

—¿Cómo sabés?

—Sé cómo son las mujeres que le gustan.

—Gordas, seguro.

—Ana —le dijo él— no es importante.

La mano de Pedro se demoró un rato en el botón de su blusa, luego lo soltó y cuando ella dijo:

—No me toqués, no quiero que me toques —esa misma mano la golpeó dos veces en la cara y se quedó después sobre su hombro.

Ana histérica le gritó:

—No quiero verte más, me das asco, soltame.

Ahora la mano no estaba más en donde estaba, y en su lugar estaba el dolor que la mano había aplastado sobre su hombro, mientras la otra mano la golpeaba en la cara sacudiendo el llanto que enmudecía en cada golpe como si el sonido del dolor y del miedo no pudiesen coincidir con el de la furia.

La blusa rota quedó colgando de su cintura, mientras el corpiño también roto liberó los pechos chicos de su forma, y estos parecieron titubear como indecisos en el trémulo desconcierto de su forma, y cuando las manos se cerraron sobre ellos el dolor se hizo grito en su boca abierta, que bajo la otra boca también abierta parecía devorar el hambre de los siglos.

No lloró esa noche, ya en la cama de su cuarto, pero mantuvo los ojos abiertos bajo el techo blanco cuadrado y quieto sobre su cuerpo dolorido y también quieto, y cuando la mañana diluyó el perfil que la lámpara prendida mantenía en la pared, el llanto apretado en el espacio de su pecho y entre los límites de su angustia, se desbordó en el espacio de su tristeza y entre los límites del piso y el techo y las cuatro paredes de su cuarto.

A la tarde fue a su trabajo y los «hola Ana» de las otras modelos quedaron sin respuesta mientras se sacaba el tapado que dejó caer sobre la banqueta frente al espejo.

* * *

María José estaba sentada en el borde de su cama junto a la caja abierta con el tapado.

—¿Y esto? —dijo su marido que acababa de entrar.

—Se equivocaron —dijo ella— mandaron otro.

—Pero mira que son bestias... es usado... debe ser de algunas de las modelos, qué animales, ¿hablaste?

—No.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa? ¿Querés que yo hable?

Buscó el número en el índice y después marcó:

—Hola... mire, yo estuve con mi mujer ayer en el desfile de modelos, sí... y compramos un tapado... sí, sí... eso es, mandaron uno... eso, sí... no, no es nada... lo mandan ahora, bueno muchas gracias.

Cortó y le dijo a María José:

—El cadete se equivocó, trajo el de la modelo, el de ella. Te lo mandan ahora.

Se sentó en la cama y cuando dijo:

—¿Qué hiciste hoy? —su mirada se detuvo en un papel plegado sobre la falda de su mujer.

—¿Carta? —dijo señalando.

—No... no... estaba en un bolsillo del tapado.

—¿De éste?

—Sí.

—¿A ver?

Estaba escrita a máquina y él la empezó a leer despacio y luego alarmado le dijo:

—¿Viste lo que es?

—No.

—«Cuando leas esta carta seguramente estaré muerta. He tomado veneno. Mientras te escribo esto, trato de pensar el porqué de las cosas, de vos, de yo, de lo que somos, de lo que queremos. He rezado también al vacío por si acaso hubiese alguien que pudiera escucharme y me doy cuenta ahora, que lo único importante es ser escuchado. Adiós».

Él saltó al teléfono, buscó nuevamente el número mientras le decía a su mujer:

—Te das cuenta la chiquilina ésta.

—¿Qué, quién?

—La chica ésta, te acordás cuál era, la de pelo negro.

Marcó y después de un rato dijo:

—Hola, deme con la dueña o alguien, ¿quién habla?... mire, yo acabo de hablar por un tapado que trajeron equivocado... no, no es eso, la modelo esa, ¿está ahí?... no fue hoy... usted sabe dónde vive..., averígüelo ¿quiere?, es urgente... Es muy urgente.

Mientras esperaba con el tubo en la mano le dijo a María José:

—Mira que son estúpidas las chicas éstas, se atiborran de novelitas y después hacen estas cosas.

—¿Qué cosas?

—Esto, querer matarse, capaz que la podemos salvar, a un empleado del estudio de papá, una vez con un lavaje de estómago lo salvaron.

—Y no era una chica estúpida.

—Era medio loco.

—¿Por qué siempre se piensa que los suicidas son medio locos?

—¿Te parece muy normal?

—La carta esa no parece escrita por una loca.

—¿No? Te parece muy normal querer matarse porque algún tipo no le habrá hecho caso o algo de eso.

—Qué sabés por qué lo hizo.

—De tarada que... hola, hola, sí... nueve... dos, sí, un segundo que anoto.

Cortó y dijo:

—Vení.

Una vez en el coche, la ciudad se abrió en abanico en los ojos de María José a través del parabrisa. Un semáforo y una mujer que titubeó al cruzar la calle quedaron atrás en el espacio y apenas un instante en sus pensamientos. Después miró a su marido y no rozó con la mano el género áspero de su traje, pero pensó: «En esto coincidimos, en las cosas».

Al tomar una curva su cuerpo se inclinó hacia un costado y su cabeza quedó un momento muy cerca de ese hombro; una vez habían chocado juntos viniendo de Mar del Plata y ella se acordó del paisaje astillado a través de la ventanilla, y de su tobillo que todavía a veces le dolía en los días húmedos. No quería hablar y pensó: «En eso también coincidimos, en el pasado».

Ella miró, después los ojos de ambos volvieron al camino que desaparecía bajo el capot ávido del coche, y cuando la voz de él dijo algo, ella desde el fondo de sus pensamientos levantó la vista hacia la frase.

—Creo que es por acá.

—¿Qué?

—Por acá hay que doblar.

El coche se detuvo, y las cosas que iban quedando atrás bruscamente interrumpieron su marcha hacia otro tiempo, y quedaron ahí, al lado de María José en la orilla de sus pensamientos, como marginales y transitorios testigos de ese pasado que se escurría a través del presente amontonado. Cuando el coche volvió a avanzar, desaparecieron cautas, sin importancia, sin olvido, y las manos de él entraron ahora en la órbita que los ojos abarcaban.

—Son muy lindas —pensó ella— y están ahí. Las manos sin conciencia de ser o de estar, se mantuvieron vivas sobre el volante como apoyadas en una cadera cincelada por la costumbre, y ella pensó en su propio cuerpo.

—No llores —le dijo él— ¿te da mucha lástima?

—¿Lástima?

—Sí. ¿Te da lástima la chica?

—No pensaba en la chica, pensaba en la carta. ¿Por qué vamos?

—Porque algo hay que hacer —le contestó él. El coche frenó y ella oyó a su marido decir «esperame» y lo vio cruzar la calle corriendo hacia una casa.

Todo su cuerpo era un latido grande que crecía y le pareció que el latido en el reloj de su muñeca se achicaba.

Después de un rato vio a su marido que apareció sonriendo en la vereda de enfrente, mientras se despedía de Ana que también sonriendo le decía a un hombre con una campera de cuero que abrazaba su cintura:

—Es una típica carta de mujer casada.

Tal vez María José alcanzó a ver a su marido acercarse caminando, pero no llegó a verlo correr hacia su propio cadáver en el asiento del coche.

En el reloj de su muñeca el tiempo continuaba.

OceanofPDF.com

CABO MANILA

HIZO algo así con la mano, para el lado de acá, como si en ese gesto de órbita escasa y arbitraria se prolongase un movimiento ya estipulado desde hada rato, cuando ella —la dueña de la órbita, del gesto, de la mano— había levantado sus hombros hasta casi la altura de esa sonrisa, que ahora se dispersaba alrededor de los ojos marrones o dorados o amarillos.

Entonces el hombre sentado frente a ella dijo «Mozo», como si estuviese en algún bar del Dock Sur o de la Boca, cuando en realidad estaba a más de treinta días de navegación, en esa ciudad de idioma oscuro, en donde el manila de proa no se podía ver desde la planchada y donde las caras que emergían trás las solapas levantadas de los gabanes y de la niebla de la madrugada, no eran más que cejas y bufandas.

—Sí, rubio papanatas, más cerveza —y todos se reían porque nadie entendía nada y cuando llegó la cerveza, las manos de él y las de ella se cerraron sobre sus respectivos vasos, como aferrándose a aquella primera palabra compartida, que más tarde mientras caminaban en la noche lenta y sin destino, él repetiría una y otra vez.

—Cer-ve-za, no cerviza, cerveza —y ella con dificultad:

—Cer-ve-za.

—Sí, cerveza.

—Maa-no, mano.

Y los dos se reían ante los dedos separados de ella, que ambos miraban, mientras el frío absorbía la escasa tibieza que el guante de lana le había proporcionado, y él le dijo —me la guardo— y ambas manos ahora entrelazadas en el bolsillo del gabán marineró, anduvieron cuádras y cuádras entre los cuerpos jóvenes, sobre la ciudad vieja que se desplazaba hacia atrás por los costados y por debajo de los pies en movimiento, y que

en un momento dado, quedó quieta bajo los pies también quietos, aun después de separarse las bocas entreabiertas de ese primer beso, y de palabras no dichas innecesarias y compartidas.

Ahora amanecía entre los edificios, y las bocacalles, y las casas liberadas de las formas de la noche, sacudían su homogeneidad en el gris de la aurora, mientras ella escuchaba sin entender una palabra y asentía con la cabeza, S111 saber por qué.

— Me llamo Miguel, soy argentino, soy marinero de cubierta del Santa Margarita... ¿por qué decís que sí si no entendés nada?

Y los ojos de ella muy abiertos, serios, húmedos, como las tejas de la ciudad recién despierta, quietos en el fondo de esa mirada no hecha por la raza demorada en los siglos como los pómulos o el pelo o el idioma, sino por las horas imprevistas surgidas tras ese encuentro casual, y saboreadas instante tras instante, primero en el bar, y luego en la calle, y más adelante sobre la cama del hotel, frente a los muelles con la ventana cerrada, sobre la mañana ya activa.

Ahora era ella la que movía los labios como un rezo, como una súplica, en un tenue e imperceptible desplazar por la cara de él, sobre la piel que llevaba los fríos, y los soles, y la sal, y los golpes de más de veinte mil millas de navegación, y los cuerpos desnudos entrelazados moviéndose a un ritmo independiente de esa voracidad que la piel y la piel, que los muslos y los muslos, que las rodillas y las rodillas «que sabes vos» y ella contestando en su idioma de risas y caricias y palabras sin respaldo, sin entender el significado del «andate al carajo vos y tu idioma de mierda, no te entiendo nada, no ves que no te entiendo nada». Y los besos, oscurecidos ahora por la manta de la cama infantilmente extendida por ella sobre las cabezas de ambos, mientras una niñez lejana arqueaba ambos cuerpos en la tiniebla tibia de las sábanas, y el mordisqueo de los pechos chicos se fue convirtiendo en una lenta, cuidadosa y rítmica presión de los labios, y luego un poco más tarde, cuando los cuerpos se aquietaron y la cabeza de él se hundió dócilmente sobre el hombro de ella, y el tiempo parecía quieto tras los latidos incontenibles, y las manos, ya no sobre las caderas, sino sobre la cara extranjera de ojos cerrados y labios abiertos, Miguel dijo suavemente:

—Dejá, yo te tapo.

Y la manta recogida del suelo extendida con cuidado sobre el cuerpo de ella, y la voz de él contestando:

—Sí, claro que fue distinto.

Y ella volvió a hablar y él dijo:

—No se por qué, qué se yo por qué.

Ahora eran las manos, en el costado de los cuerpos cansados, tocándose apenas como en un susurro, y la voz de él habló un rato como si los idiomas no fuesen más importantes que su geografía destrozada, y ahí bajo el techo cuadrado y blanco sin molduras, sus palabras.

—No me importa que hables en extranjero, ¿sabés? no me importa quién sos, ¿sabés?

Entonces la puerta se abrió con furia, y en su lugar había un hombre con camisa a cuadros y un cinturón ancho, pantalones de loneta, y zapatones pesados y cuando ella gritó, ya el hombre estaba en la mitad del cuarto y había cerrado la puerta, y las palabras duras, furiosas que dijo en ese idioma nuevamente extranjero para Miguel, cayeron sobre los cuerpos ahora más desnudos de los dos.

Y el borde de la manta en la barbilla de ella, y Miguel parado sobre el piso frío con los puños cerrados apenas un poco más altos de la línea de la cintura, y los pies descalzos ligeramente abiertos y el hombro izquierdo protegiendo el mentón obstinado, que el hombre trató de alcanzar con su derecha pesada que quedó extendida hacia adelante cuando Miguel acertó la distancia, que unos instantes antes había aumentado, y golpeó con fuerza, casi simultáneas ambas manos sobre las costillas, sobre el plexo, sobre el dolor, sobre el desconcierto, bajo la camisa a cuadros casi horizontal ahora sobre el suelo y separado de éste por un espacio que los brazos encogidos mantuvieron un instante, pero luego dolor, desconcierto, y camisa, erguidos jadeantes sobre las piernas firmes, arremetieron nuevamente con la cabeza gacha, mientras los pies expertos golpeaban simultáneos con los puños violentos, y la izquierda de Miguel y la mandíbula del hombre, y los puños detuvieron su accionar, y la camisa a cuadros paralizóse unos instantes, y los pies expertos dejaron de sostener el cuerpo pesado, que ahora nuevamente en el suelo parecía definitivamente vencido.

—No sé quién es, no sé si es tu marido o tu hermano o tu padre o tu novio, no me importa un carajo quién es —jadeó él y levantó la cabeza del hombre con una mano, y con la otra lo golpeó una vez y después otra y otra más y la sangre que corría de las cejas partidas se mezclaba con la de la boca abierta y la de la nariz.

—Ves lo que le hago a tu marido, a tu hermano, a tu padre, a tu novio, ves lo que le hago —y el puño subía y bajaba ante los ojos muy abiertos, y no se detuvo hasta que ella dijo algo en aquel idioma.

Se vistieron los dos mirando al hombre desmayado en el suelo, y salieron del cuarto, pero ya el tiempo no era lento en la mañana alta, y los pasos en el empedrado de las calles, pisotearos los recuerdos de la noche porque ahora la realidad del día era dura y apremiante, como las palabras de Miguel.

—No te puedo dejar. Ella sonrió y él dijo:

—Viste cómo cada vez nos entendemos más. Ella volvió a sonreír y él insistió.

—¿Viste?

Ella dijo algo y él preguntó.

—¿Ésa es sí?

Estaban en el puerto. Y las miradas se interrumpían en los galpones y en las estibas y en las espaldas de los hombres momentáneamente quietas bajo la lingada en movimiento y el sol se reflejaba empapado sobre los muelles tristes y un capataz de estibadores gritó algo fuerte y un hombre con saco de cuero lo oyó desde la borda de un petrolero y Miguel y ella con los pies en la niebla de la mañana.

—Ése es mi buque —le dijo y los dos se acercaron, y el saludo amplio del brazo de Miguel se repitió en el brazo del hombre sentado en la popa, y después, cuando la planchada crujió bajo su peso, y cuando el hombre ya no más sentado sino parado junto a ellos en el muelle y con su mano estrechando la mano desconocida, femenina, impersonal bajo el guante de lana, dijo:

—¿Y ésta?

—No sé cómo se llama.

—¿De dónde la sacaste?

—La conocí por ahí, al principio no le entendía nada, ahora un poco.

Ella sonrió y Miguel también, y el hombre, que se llamaba Humberto y era segundo contraestrella, también y después dijo:

—Está bastante bien.

—La quiero llevar.

—¿Adónde?

—A Buenos Aires.

—Estás loco.

—La voy a llevar.

—Estás loco che, ¿cómo la vas a llevar? ¿Dónde la vas a meter?

—En la bodega, vos me tenés que ayudar.

—Pero ¿vos sos loco? ¿Sabés si la descubren la que se arma?

Esa noche junto a unos galpones le pusieron un saco de cuero, y el pelo suave fue introducido dentro de un sombrero viejo con el ala sobre las facciones alertas, y la pollera levantada por las manos toscas de los hombres y las piernas desnudas, se introdujeron dentro del que ellos, Miguel y Humberto, habían traído y que ahora separaban un poco del cuerpo tibio para meter el vestido arrugado, mientras las cuatro manos sin tiempo de excitarse demasiado, tocaban como por descuido las caderas quietas y la línea vertical, lógica, esperada, clásica, nueva, ilógica, e inesperada.

Cuando terminaron de vestirla, retrocedieron un poco y la miraron seriamente y Humberto dijo:

—Hundite más el sombrero... el sombrero hundilo... che, decile.

—Hundite el sombrero.

Las facciones alertas desaparecieron aun más bajo el ala marrón, y las manos, increíblemente chicas junto a la cabeza, descendieron como dos pájaros absurdamente unidos a algo ajeno y desproporcionado.

—Las manos che, mirá las manos, no engrupen a nadie.

—Ponete mis guantes.

Ahora caminaban los dos hombres con ella en el medio, como si llevaran un muñeco torpe por el puerto solo. Cada tanto la empujaban un poco para mirarla, y ella se daba vuelta y sonreía para concentrarse en seguida en los zapatones pesados y casi precursores de los movimientos de su dueña, y después cuando se detuvieron y Humberto dijo:

—Si no la metemos ahora no la metemos más, después entra Digoncelli de guardia.

—Entrá y fijate. Si el camino está libre, prendé un fósforo. Nosotros te esperamos acá.

Era Miguel y era ella y era el filo de la medianoche y era el sombrero echado hacia atrás y era la cara chica y asustada de ella entre las manos grandes y asustadas de él.

—¿Tenés miedo?

La sonrisa quieta y las palabras y después él diciendo:

—Yo también.

Cuando el fósforo se prendió, todavía se besaban y cruzaron la planchada bamboleándose como borrachos. En el puente tras los vidrios se veía el bulto de una persona, Miguel dijo como si ella le pudiese entender:

—No mirés, no mirés, es Segovia, pero no se dio cuenta, seguí caminando.

Ahora por los pasadizos, junto con Humberto y después en la bodega caminando entre los cajones, y entre los esqueletos y entre las estibas de las bolsas y los dos hombres casi sin hablarse, trabajaron un rato cambiando el lugar de la carga, mientras ella sentada en el suelo con los brazos alrededor de sus rodillas y la cabeza ahora sin sombrero y apenas inclinada sobre el hombro izquierdo, y los ojos cerrados de cansancio.

—¿Es una puta? —preguntó Humberto.

Y Miguel no dijo no, ni sí ni no sé, sino que levantó un fardo y lo puso sobre otro, y cuando Humberto insistió:

—De familia no debe ser, si no, no se hubiese venido —Miguel colocó otro fardo al lado del anterior.

La primera noche él llegó a la bodega con un montón de comida envuelta en un papel, y ella dormía sobre los fardos con la blusa desprendida hasta casi la cintura y sin corpiño.

Él la miró un rato sentado sobre sus talones, y con la palma de sus manos sobre sus muslos, y un poco más tarde ya las manos no se asentaban sobre la loneta azul del pantalón, sino sobre la trémula, suave, palpitante superficie, bajo la blusa abierta sobre la respiración pausada.

La palma tosca, ancha, endurecida de objetos duros y ásperos, transitorios, que habían estado más de veinte años cincelando sus manos, pero que ahora no sólo no estaban, sino que su ausencia aumentaba la sensación de suavidad, y que ella —la dueña de esa suavidad, y dueña además de las protuberancias apenas insinuadas al principio en cada pecho, pero que luego, ante las caricias que se filtraban en el caos de su sueño fueron creciendo y creciendo excitadas por el jugueteo de los dedos, y un poco más tarde de la boca activa— seguía durmiendo agotada de nervios y cansancio.

Cuando llegó Humberto, él estaba todavía con sus labios y un poco tal vez sus dientes y su lengua inclinado sobre el pecho de ella, y las palabras: «Qué bien que está che» hicieron que él levantara la cabeza, y su boca pensativa quedase entreabierta —como si aquello trémulo, húmedo, suavemente rosado, que había estado entre sus labios— estuviese todavía ahí, aun después de decir:

—¿Trajiste la manta?

—Sí.

—¿Y el calentador?

—Acá está.

—¿No te vio nadie?

—No.

Ahora los dos callados mirando la piel blanca, enmarcada en la blusa totalmente desprendida, y ella todavía dormida haciendo un movimiento cualquiera, y Humberto volviendo a decir:

—Che qué bien que está.

—Sí.

—Si se enteran los muchachos sabé la que se arma no... soltó carajo soltó... no... ves que... soltó te digo... soltó.

—No se van a enterar sabé, no se van a enterar sabé, porque te mato sabé.

—No se van a enterar sabé, no se van a enterar sabé, porque te mato sabé.

Y el pedazo de género de la camisa cayó hacia abajo, cuando él abrió su mano y Humberto retrocedió asustado diciendo:

—Qué hacé pibe, qué hacé.

—El único que sabe sos vos.

—Y yo, ¿qué voy en esto?, yo te ayudo, pero, ¿en qué voy?

A la mañana siguiente hubo mal tiempo y él con la campana de las doce bajó a la bodega, ella estaba sentada sobre unas bolsas, y las sonrisas de los dos quedaron un rato ahí en las caras mientras el mar ahí afuera insistiendo en su sonido, que a fuerza de repetirse ya no estaba, como el pasado, como la duda, como el absurdo de sus vidas inexistentes antes del ahora.

—Hablame —le dijo él— contame cosas, aunque no entienda, y le señalaba la boca, y le entreabría los labios con los dedos, y ella con la cabeza inclinada, pensativa al principio y riendo su juventud sobre la blancura de los dientes, mientras las palabras fluían incomprensibles, mientras él las oía y las miraba como paladeando una a una cada sílaba.

—Me voy, esta noche vuelvo, no tengas miedo, acá está el agua y la comida.

La cara perpleja y los ojos y las manos reteniéndolo unos instantes, como llenando la ausencia inminente con la presencia que ya acababa, y la palabra dicha con cuidado como quien deposita una ofrenda en algún lado.

—Miguel.

Después la tarde después la noche después el día, después Humberto diciendo:

—Y qué querés, si no me das más no contés conmigo.

—No tengo más que esto, hijo de puta, tomalo pero si alguien se entera ¿sabés lo que te va a pasar no?

Entonces ella dijo algo y él no le contestó No te preocupes, tengo que hacerle caso pero en tierra le vaya hacer devolver cada peso —y ella insistió, y él tampoco le dijo.

—Ya no queda nada. Probablemente tuvieron miedo.

La sangre de Humberto reventó en su cara dos días más tarde, y el puño de Miguel volvió a golpear una y otra vez mientras decía:

—Te dije hijo de puta que no tengo más, te lo dije, carajo te di todo mi sueldo, te di la navaja y los zapatos nuevos y el saco de cuero, no tengo más hijo de puta, no me queda nada más.

Y la cabeza de Humberto se bamboleaba de un lado a otro de espaldas contra el suelo, con las rodillas de él sobre su cuerpo, y en su jadeo dolorido y extenuado estaban sus palabras.

—Si me matás... me van a buscar por todas partes y la van a descubrir.

Ahora los puños de él estaban quietos, y ella que miraba y entendía, bajó de su pila de bolsas y la mano liviana y femenina y ahora adorada, se detuvo sobre su brazo en un gesto leve e importante, y los nudillos con la sangre de él y la de Humberto, fueron cubiertos por los besos, por las caricias, por las lágrimas grandes de los ojos grandes y por la palabra.

—Miguel.

Era él y era ella parados en la bodega, y era Humberto todavía de espaldas al suelo y con la sangre en la cara, pero vencedor sobre la fuerza el amor y las circunstancias, desde que su voz resonó despacio y cruenta cuando dijo la misma frase.

—Te queda ella.

Y subió su antebrazo para protegerse del golpe que no vino porque él y ella estaban abrazados. Entonces prosiguió:

—Podemos trabajarla a medias, podemos cobrarles a los muchachos cincuenta mangos por un rato y quinientos por toda la noche.

* * *

Cuando el cuerpo cayó al agua, el cuchillo siguió un rato aún entre las costillas. Después se desprendió, y el vaivén plateado de su hoja horadó la negrura de la distancia, alejándose cada vez más del hombre que todavía flotaba entre la sangre, sin objeto, sin forma, sin premura, ahora casi sin color.

En la bodega las palabras extranjeras, continuaron entre las estibas como una oración extraña en una iglesia vieja.

Esa noche, entre los besos y los abrazos dijo varias veces con los ojos apretados:

—Miguel.

—A mí, que me llamo Dalmiro y a Pedro y a Esteban y a Néstor y a todos los que pagamos cincuenta pesos por conocer el asco de haber nacido.

LIBERTADURA

Si Cristo nace mil veces en Belén pero no en ti
seguirás estando eternamente perdido.

ÁNGELUS SILESIUS

AMANECÍA un poco antes que en otros lados, porque la cárcel había sido construida un poco más al sur que bastantes otros lados, incluso para ese país en donde para ver sus últimas fronteras había que inclinar el mapa-mundi o recorrer leguas y leguas de una geografía extendida sobre un suelo seco e inhóspito cincelado de ausencias, de vientos y de distancias.

Porque era en la Argentina en donde habían construido la cárcel (hace o dentro de unos años) más al sur del paralelo 46 y más al norte del paralelo 48 en un punto en donde el dedo del Director de Institutos Penales se había detenido, mientras las cabezas de los periodistas se inclinaban sobre el mapa y él decía:

—Acá.

—¿Cuándo lo supieron?

—Anoche. Ya salió un batallón de paracaidistas, a estas horas si no se han rendido debe haberse iniciado el ataque.

Ahora el dedo del Director no estaba más sobre el mapa y su mirada se había elevado hacia los lápices activos de los hombres que escribían en sus libretas lo que otros hombres leerían horas más tarde en los diarios, en sus casas respectivas, entre voces de chicos o tintinear de cubiertos o el sonido de los platos todavía mojados en la pileta de la cocina, mientras la voz de su mujer podría decir algo como:

—Viste que en el Sur se sublevaron los presos de una cárcel, lo dijeron en la radio, lo dijeron.

Todo había empezado antes, mucho antes, antes incluso que Lisandro le dijera a Agustín:

—Un día.

—¿Un día qué?

—Un día nomás.

—Me tenés bastante podrido con tu día. Mira viejo, yo hace once años que ando metido, tres acá, cuatro en Las Heras, dos en Devoto, bueno, da lo mismo, yo he visto más de uno tratar de escaparse, yo mismo una vez...

Y la frase quedó sin terminar porque Lisandro, el otro preso, el que dormía en la cucheta al lado de la suya, el hombre silencioso de palabras y gestos y también de miradas, ahora estaba frente a él mirándolo en los ojos y diciendo:

—Un día.

—Estás loco che... de acá no se escapa nadie, está todo muy calculado, por algo la llaman «la máquina». —Y sus palabras seguían fluyendo de esa boca, que durante años había emitido sonidos casi siempre sin respaldo propio, porque sus ideas se respaldaban en su pequeño y mezquino atrapar de otras ideas, en tránsito de otros hombres a otros hombres, y él, también pequeño y también mezquino, a pesar de estar encerrado en la sentencia pomposa con que los cinco jueces de un tribunal, habían prolongado la dinámica de actividad, iniciada con esa arma de cachas blancas y calibre también pequeño y también mezquino, pero suficiente para detener el rítmico respirar de su mujer dormida junto a él despierto— se quedó callado entonces, porque los sonidos que entraban por la ventana enrejada parecían respaldar sus palabras, porque los pasos de los hombres del pabellón cinco los que marchaban con las palas sobre los hombros rumbo a la granja, como un ejército concebido en los sueños de una maestra o por un pacifista e idealista reformador social sonaban rítmicos y mecánicos sobre el patio de la cárcel y luego sobre el empedrado y por último sobre el polvo, sobre la tierra y sobre el silencio.

Agustín señaló el sonido extinguido con su índice indeciso en el aire de la celda y después dijo:

—Ves, ves, es «la máquina», por algo la llaman «la máquina», es como un reloj, todo es así, ahora sabemos que faltan tres minutos para que pase el jefe de guardia, que los del cuadro seis ya empiezan el relevo, que el Director entró en su casa y el viejo Morales le dice:

—Está servido, señor, ¿le aviso a la señora que llegó?

—Sí, avísele, ¿quiere?

Era el Director el que había hablado a Morales, el más viejo de los presos, cuyo delito muy atrás en su memoria, cometido en una época en que el Director no existía, aunque si los elementos, las posibilidades, los apetitos, las personas, los movimientos, los gestos, los pensamientos, que permitirían la concurrencia de factores determinantes de esa vida, que ahora después de cerca de cuarenta años se desplazaba por la alfombra del living en dirección al comedor mientras decía:

—Ponga otro plato más en la mesa, ¿quiere Morales?

Cuando Paula apareció por la puerta transversal traía en las manos las flores para el centro de mesa y la frase para Morales.

—Dígale al señor que la señora está lista, hambrienta y simpatiquísima como siempre.

Y Morales con su sonrisa cohibida que pareció querer gravitar en la forma de su boca, pero que apenas se atrevió a demorarse unos instantes en los ojos mientras decía:

—Dice la señora que...

—Sí ya sé Morales, sirva no más.

Y más tarde.

—Paula, por favor, ya sabés muy bien.

—Pero si era un chiste.

—No se puede hacer chistes con Morales. Morales es un preso como cualquiera de los otros.

—No, no es como los otros, es un pobre viejo, está en casa todo el día, es bueno, me escucha, puedo hablar con él a cualquier hora, no de dos menos cuarto a tres y de siete a nueve.

—Paula.

—Perdón.

—Vino una periodista de Buenos Aires, va a hacer unas notas sobre la cárcel, estaba en la Administración, almuerza con nosotros.

Cuando dejaron las cucharas sobre los platos todavía quedaba un poco de flan en la fuente y cuando trajeron el café la periodista estaba diciendo:

—¿... y los guardianes también la llaman «la máquina»?

—Sí —dijo el Director—, los guardianes también.

—¿Fue obra suya todo ésto, no?

—La idea fue mía, me di cuenta un día que el problema del detenido era la desorganización. Un preso es un hombre al que se lo obliga a vivir con unas leyes distintas a las que tuvo siempre, el secreto para que esas leyes no le molesten es que sean tan automáticas que se conviertan prácticamente en reflejos. Es por eso que he impuesto este sistema, por eso los hombres la llaman «la máquina».

—Sí —dijo ella y Paula le sirvió otra taza de café y ella dijo—: sin azúcar —y volvió a decir—: sí, yo hablé esta mañana con varios presos, parecen más contentos que en otros lados.

—Están más contentos, una prueba es el número de castigados: sobre quinientos hombres hay sólo dos castigados, pronto las celdas de castigo van a ser eliminadas. Por otra parte, son un trastorno, desautomatizan al personal, lo obligan a una actividad distinta, son un problema.

—¿Después puedo hablar con alguno de ellos?

—Sí cómo no.

Cuando se miraron a través de la reja, Lisandro dijo esa frase que ella llevaría para siempre. Lo dijo despacio, mirando a Agustín, con su mano extendida hacia donde había estado esa mirada, que ella también llevaría desde ese instante para siempre.

—Ves, ves, tal vez sea eso, nada más que eso. Pero eso sólo...

Ahí la mirada volvió a ella y quedó sobre los ojos, sobre la cara, sobre el pelo, sobre los hombros, sobre los pensamientos, incluso ahora que la mirada ya era pensamiento, sobre la voz del guardia que decía:

—Éstos son los dos castigados señorita. Si necesita cualquier cosa yo estoy en el pasillo.

—¿Por qué lo han castigado? —había dicho ella después de un rato. Las manos de Lisandro apretando la reja, estaban a menos de una cuarta de su

cara.

—Porqué, porqué lo castigaron —insistió.

—Ya lo sabe.

—Sí —dijo ella sin sonreír— ¿cómo se llama? me dijeron el número pero no el nombre.

—Lisandro.

Ella levantó la libreta y el lápiz y él apenas levantó un poco el tono de su voz cuando dijo:

—No lo anote.

—¿Por?

—Se va a acordar igual.

Ella dijo después.

—Sí me voy a acordar. Yo me llamo Catalina. ¿Se va a acordar?

—Sí.

—¿De qué se va a acordar?

Ahora los dos sonreían.

—¿De qué se va a acordar? —insistió ella.

—De la mujer más libre que he visto en estos últimos años.

—¿Libre?

—Sí, libre... El pelo lleno de viento, los ojos para mirar lejos, suena terrible pero es así.

—El pelo lleno de viento puede ser la consecuencia de tres años frente al ventilador de la oficina, los ojos para mirar lejos pueden ser consecuencia de la ventana del cuarto de la pensión donde vivo, da a un patio interior... soy muy libre, soy libre de levantarme a las seis de la mañana, soy libre para viajar una hora, para trabajar otras ocho, para tener otra hora de vuelta para el café con leche de la noche soy libre de que el otro día sea igual y el otro y el otro. ¿Éso es ser libre?

—Puede ser que eso no, pero hay otras cosas.

—¿Qué otras cosas? ¿Los guardias de esta cárcel cree que son muy libres? Trabajan ocho horas como usted, comen la misma comida que usted, duermen en una cama como la suya. ¿El Director de esta cárcel cree que es muy libre? Se levanta a la...

—Tiene una mujer —dijo él.

—¿Una mujer? ¿Y qué tiene que tenga una mujer?

—¿Usted sabe lo que es una mujer?

—¿Claro que sé lo que es una mujer... o no?

—No.

—¿Y usted sabe?

—¿No... o sí?

Él se dio vuelta hacia Agustín y le dijo:

—Es ahora.

Su mano se extendió y apretó el cuello a través de la reja y cuando se abrió ella ya estaba en el suelo con la cabeza inclinada sobre un hombro mientras oía fugazmente la voz que gritaba.

—¡Guardia! ¡Guardia! ¡Se ha desmayado!

Y después los pasos apresurados que se acercaban por el pasillo y el ¿Qué pasó?

—Se desmayó. Estaba hablando y se desmayó. Ella sacudía la cabeza y trataba de hablar, mientras el guardia uniformado se inclinaba sin ver el puño de Lisandro, cerrado, duro, tenso, proyectándose a través de la reja con un impulso acumulado en nueve años de condena, y estrellándose contra el costado de la cara, que después se sacudiría de derecha a izquierda y abriría los ojos para ver su propio cuerpo, apenas tapado por la ropa interior, extendido en el piso gris, bajo el techo y la ventana y junto a las cuchetas y frente a la reja, tras la cual Lisandro prendía uno a uno los botones negros de la chaquetilla. Después se puso la gorra inclinada sobre los ojos y tiró los zapatones de preso como alguien sacándose la última prenda de un disfraz en la mitad de una noche aún no terminada.

El primer preso que liberó miró sorprendido la puerta abierta y al otro guardia con la cara contra el suelo y dijo:

—¿Qué... qué pasa? —como encandilado de perspectivas y todavía sin tiempo para el asombro, después avanzó mirando su inesperada y dudosa libertad a lo largo y a lo ancho del pasillo.

—El uniforme —dijo Lisandro.

—¿Qué?

—El uniforme. Ponete el uniforme.

Agustín y el otro preso y Lisandro, vestidos los tres con las ropas de los hombres, extendidos, maniatados, ausentes ahora de esa envoltura que revestía, que uniformaba, que legalizaba el derecho de mandato y de sumisión de los hombres ante los hombres, se desplazaron pegados a la pared hacia la central eléctrica de la cárcel.

—¿Para qué? —le había preguntado Agustín, pero Lisandro caminaba seguro como dueño de sus pasos, como si el espacio que un pie y después el otro cubrían, formaran parte ahora del pasado también cubierto por otros movimientos procedentes del fondo mismo de una gran quietud acumulada. Cuando habló, el otro preso y Agustín agarraron sus palabras que él ya había dejado atrás, con algo de fe puesta en la esperanza y cuando Lisandro les dijo: «sólo podemos contar con lo imprevisto». Los dos dijeron:

—¿Qué? —tal vez contentos de no entender, como cuando los hombres se sienten aliviados de su no saber, porque limita las posibilidades de su ignorancia.

—El sistema es perfecto, no se olviden de eso, pero está hecho para situaciones ya previstas, basta que algo salga distinto para que el sistema se dé vuelta, ¿entendieron? —dijo Lisandro.

—No.

—No importa, síganme.

Ahora estaban en un cuarto grande y la puerta del fondo estaba cerrada tapando la otra puerta de reja que ellos no veían pero que sabían que estaba ahí, cuadriculando ese espacio posterior, ineludible, apremiante, que se extendía como un símbolo de esa primera perentoria necesidad, la de la nada delante de ellos, sin trabas sin paredes sin rejas.

—Después...

—¿Después qué?

—Después se prende una luz en el tablero de control que les muestra el lugar, entonces vienen a arreglarlo.

Cortó el cable y esperaron con las espaldas junto a la puerta y cuando ésta se abrió, dejaron que el hombre pusiera en el suelo la caja con las herramientas, cuando se dio vuelta para cerrar, lo golpearon en la cabeza con una de las sillas. Una hora después, se habían apoderado de la central eléctrica, y ya en el filo de la tarde los hombres que llegaban de la granja

con las palas sobre los hombros, acababan de dejar junto a las acequias los diez guardias desarmados, y ya dueños algunos de ellos de sus uniformes y de sus armas, simulaban entrar como todos los días con el braceo un poco menos alto que cuando salieron y el taconeo algo acallado por el cansancio.

Ahora eran muchos los hombres que rebalsaban los pasillos y los cuadros y los pabellones, cuyas puertas muertas sin corriente habían sido abiertas, y cuando el jefe de la guardia pretendió tocar la alarma, el silencio corrió desde el timbre por el cable inútil hasta las campanas calladas sin objeto.

Cuando el último guardia levantó las manos, los presos siguieron a Lisandro hasta la casa del Director. Cruzaron el jardín y junto a la puerta de entrada, se detuvieron un momento mirando a Lisandro que estaba quieto con la mano sobre el picaporte de la puerta, que ocultaba el sonido de las frases todavía no interrumpidas.

—Después hace me la lista de las compras, mañana mando la camioneta al pueblo para llevar a la chica ésta.

—¿Debe ser mala como periodista, no? —dijo el Director.

—¿Sí, no? —contestó Paula.

—¿Le escribiste a tu madre?

—Sí, le conté de tu hígado, si no fuera por tu hígado no sé de qué hablaríamos con mamá.

Ahora el tejido se alejó bruscamente de la cara demudada para detenerse sobre la falda, mientras su marido con la vista todavía en el estruendo de la puerta y de los hombres que la habían empujado, trató de pararse inútilmente entre los brazos y las manos y los puños y las armas, que rodeaban, ocupaban, desbordaban, el espacio medido de la casa.

Cuando el tumulto cesó, la voz del Director siguió hablando por encima de la ausencia de las frases que sus palabras habían dispersado, y cuando les dijo «¿Y ahora qué?» los hombres miraron a Lisandro y el Director prosiguió:

—Antes de veinticuatro horas la mayoría de ustedes van a estar presos o muertos. Quinientos hombres no pueden huir en masa de ningún lado. Si fuera en una ciudad grande tendrían más posibilidades, pero acá, en medio del desierto, con cien kilómetros de Patagonia hasta el primer pueblo, con

un solo vehículo, se los va a cercar con aviones y tropas y los que queden vivos van a pagar las consecuencias de esta estupidez.

Se detuvo y miró a los hombres en su miedo y prosiguió:

—Ustedes llamaban a esta cárcel «la máquina»... Bueno, sí, era una máquina, una máquina perfecta, hecha con la experiencia, la dedicación, el esfuerzo de muchos para convertir a inadaptados de una sociedad, en parte misma de esa sociedad... usted por ejemplo es el 432, ¿no es cierto?

—No —dijo Lisandro y las miradas de los hombres escudriñaron la esperanza cuando dijo—. No, no es el 432 y no lo va a ser nunca más, él se llama Fernández, Nicolás Fernández y dejó de ser parte de «la máquina».

Se quedó callado y después habló al Director, a los hombres y a sí mismo.

—No vamos a huir hasta el momento oportuno. «La máquina» va a seguir funcionando como siempre, la única diferencia es que usted será un nuevo preso, y yo seré el nuevo Director, y sus hombres serán los nuevos presos, y mis hombres serán los nuevos guardias. Tenemos que mantenernos un año por lo menos. Todo tiene que seguir igual, hay que mantener el contacto con Buenos Aires como si no hubiese nada. Después de un año, vamos a ir dando de baja de a poco. Todos tienen que salir con un nombre y un apellido para poder sacar pasaporte y salir del país.

El viejo Morales se acercó al Director, traía en sus manos una costumbre y un vaso con agua y una pastilla.

—Señor...

—No, Morales —dijo Lisandro— ya no es más Señor, es el penado 501. Andá a la sastrería que te den un traje de guardia.

Pero la frase terca ya empezada en algún recodo de su tiempo terco, continuó:

—Señor, no tomó su pastilla.

* * *

«La máquina» volvió a su antiguo ritmo con sus hombres cambiados en su posición frente a la reja y sus miradas invertidas a través de los mismos barrotes.

Paula desde su celda oía los pasos de los hombres que llegaban de la granja.

Sabía que el sonido crecería hasta silenciarse en un último golpear de tacos sobre el patio grande bajo su ventana. Después los hombres entrarían en sus respectivos pabellones, y la puerta pesada se correría y el 501 estaría en su celda.

—¿Cómo te fue? —le dijo.

—¿A vos cómo te fue?

—Bien, preocupada por vos.

—¿Pero que hacés todo el día acá? ¿No te volvéis loca?

—No —y la sonrisa se mantenía en su cara que ahora él sostenía entre las manos, mientras ella decía:

—¿Querés que te cuente todo lo que no hice?

—Contame todo lo que no hiciste.

—No le escribí a mamá, no le conté de tu hígado.

—Eso es serio, va a creer que me curé.

No le hice chistes a Morales, no me podés retar por nada. Mirá.

—¿Qué?

—Eso, si me beséis no podés ver.

—No quiero ver, te quiero besar.

—Sos un sonso porque era una cosa lindísima.

—Paula.

—Qué.

—Te quiero.

—Yo también, pero lo sabíamos antes.

—¿Sí?

—¿No?

A menos de cien metros de distancia, Lisandro estaba frente al gran ventanal del dormitorio. Sobre la cama, Catalina se miraba a sí misma en sus brazos desnudos y dejaba correr su mano desde el hombro hasta la pulsera plateada de su muñeca. Había descubierto su piel hacía varias noches, un poco después de haber descubierto su cuerpo sobre esa misma cama donde ella había desmoronado veinte años de espera.

Después él se dio vuelta y ella se quedó quieta un rato sabiendo que vendría.

—Sacate todo —le dijo Lisandro y volvió a mirar la ventana mientras ella soltaba uno a uno los botones de su blusa y le preguntaba:

—¿Qué mirabas?

—El cambio de guardia, cada vez lo hacen mejor —después dijo—: Todo, la pulsera también.

—¿Y los aros?

—Y los aros.

Ahora volvían a lo que hacían constantemente, pegando sus cuerpos uno contra el otro, sin que nada se interpusiese, ni siquiera la levísima seda del camisón que alguna vez llegó a ponerse. Los dos lo habían exigido casi desde un principio, como si el hambre de lo adeudado, apenas podía detenerse en el límite de la piel, como si las manos que aplastaban, que acariciaban, que apretaban el dolor contra el placer, necesitaran no sólo la forma, sino el fondo de esa forma en la cama convulsionada de posiciones. Los besos eran ásperos y a veces tan suaves que las manos detenían su frenesí de búsqueda como alertadas ante una presencia sigilosa, para volver nuevamente al intercambio agresivo frenético incontrolable de los movimientos sobre los cuerpos, ya transitados por los mismos movimientos.

Cuando extenuados se detenían, una gran desnudez parecía quedar sola, latiendo entre los quejidos a veces tapados por el último beso inmovilizado en cada boca.

Entonces las manos se encontraban como en un retorno. Oían el reloj golpeteando agresivo sobre la paz usurpada, y después, cuando abrían los ojos en la mañana todavía baja, se mantenían callados sin hablarse mientras la oscuridad se apagaba lentamente en el espacio inmovilizado entre las paredes del cuarto.

Después hablaban.

—Les cambié el horario a los de la fundición, van a levantarse una hora antes, así pueden dormir siesta. Si no a la tarde ya no rinden.

—¿Y los guardias?

—¿Qué tienen los guardias?

—Los guardias también se levantan una hora antes.

—Sí, claro.

—y también duermen siesta.

—Sí, también.

—¿Y qué diferencia hay entre ustedes y ellos?

—Una reja.

—Sí y tanto ustedes como ellos están condenados a mirar a través de esa reja. Pero por lo menos tienen eso... yo en cambio...

—Vos siempre fuiste libre, no podés saber lo que es limitar las cosas, lo que es saber que el mundo de uno tiene un tamaño.

—Todos los mundos tienen tamaños. Eso es lo terrible, tener que decidir día a día ese tamaño es la peor de las condenas.

Mientras se vestían estuvieron callados y una vez en el living apareció Morales y dijo:

—Señor, el jefe de guardia quiere verlo.

—Hágalo pasar y traiga dos cafés.

Agustín en la puerta se cuadró y dijo:

—Permiso señor.

—Pase... Pasá querés, vamos a tutearnos un poco. Estoy extrañando las charlas de la celda. ¿Te acordás?

Catalina los miró mientras decían:

—... quien iba a decir. ¿Y ahora qué planes tenés?

—Lo que les dije el primer día. Tenemos que estar un año por lo menos. Todo tiene que seguir igual, cualquier cosa anormal puede hacer que en Buenos Aires sospechen. Por eso la disciplina hay que mantenerla.

—Sí Lisandro no te preocupes; el problema es la Contaduría, ya hay que mandar las planillas de sueldos, el 104 ya la firmó.

—¿Quién es el 104?

—El que era Contador. Pero el Director tiene que firmarlas también y no quiere.

—Dejá, yo me ocupo de eso mientras tanto...

—Mientras tanto todos presos del lado de afuera —dijo Catalina y Agustín alarmado preguntó:

—¿Qué dice?

—Nada, andá no más —dijo Lisandro.

Y más tarde ya solos:

—No vuelvas a decirle eso a ninguno de mis hombres.

—Era un chiste.

Dos días más tarde, todavía el Director se negaba a firmar. Los hombres con los uniformes de guardia ya adaptados a sus cuerpos, rodearon la negativa y se inclinaron amenazantes sobre la frase obstinada, mientras las manos algo trabadas de reglamentos se acercaban peligrosamente a la cara terca.

—Vas a firmar.

—No.

—Vas a firmar, te digo.

La mano que gesticulaba acompañando las palabras, se cerró en un puño que apretaba la amenaza estrujando el miedo que su dueño trataba de transmitir al hombre sentado en la banqueta, y cuando éste volvió a negar, el puño retrocedió despacio como consciente de que ese mismo trayecto lo iba a repetir en sentido inverso, tras una intención y hacia un destino.

La sangre reventó en la cara y luego corrió sumisa hacia la boca callada, bordeó el mentón, y pareció florecer en el cuello de la camisa, al segundo golpe los dientes surgieron entre el labio partido como una sonrisa vertical, tapada casi en seguida por la sangre abundante que bajaba lentamente como lamiéndose a sí misma sobre la cara inclinada.

—En los ojos —dijo alguien, y nuevamente el puño avanzó obediente una y otra vez, luego se detuvo y su dueño miró con cierta ternura los nudillos lastimados y dijo:

—Seguí vos.

El globo del ojo pareció reventar bajo la ceja partida, y el mismo puño machacó la mirada apenas perceptible entre la bruma del desmayo, y cuando lo dieron vuelta sobre sí mismo de espaldas en el suelo, el baldazo de agua sonó casi simultáneo con la frase.

—No voy a firmar.

Y la voz de Agustín dijo más tarde:

—En los riñones.

La cara estaba entre las manos, y Catalina las separó despacio mientras decía:

—¿Qué te pasa?

—Tengo miedo.

—De qué.

—De no aguantar.

—¿De no aguantar qué?

—Hace media hora ordené torturar al Director.

—¿Torturar?

—Sí. Es demasiado importante lo que nos estamos jugando. ¿Qué es la vida de un hombre cuando se están jugando quinientas vidas?

—¿Qué importa, no es cierto? ¿No se lo dijeron? ¿No le dijeron a él que no importaba? No le dijeron que es un preso, que ustedes son libres, que no tiene ningún derecho a estar tranquilamente preso, mientras los hombres libres tiemblan de miedo que el día de mañana llegue y no estén firmadas las planillas, no le han dicho...

Cuando Lisandro le pegó, ella se quedó callada un rato con los ojos bajos, luego le tomó la mano, la besó, y dejó que sus lágrimas cayeran sobre ella mientras decía:

—No le han dicho que ser libre es esto, es hacer lo que estoy haciendo, es el viejo Morales queriendo seguir preso, es el Director diciendo que no, es... sos vos con tu mano acá... y soy yo con un miedo espantoso de levantar los ojos.

Esa noche en la celda el Director la miró a Paula desde las ranuras de sus ojos en la cara irreconocible, y alcanzó a decir:

—¿Hace mucho que estoy?

—Unas cinco horas. Cerrá los ojos, descansa, ¿me oís bien?

Él asintió con la cabeza y ella prosiguió:

—Me llevaron hoy a la oficina de guardia y me dijeron muchas cosas... quieren que te convenza. Me dijeron que si no firmás, te van a matar y van a tener que huir en masa y va a haber muertos y heridos, y me dijeron que vos vas a tener la culpa. Me dijeron que si firmás vamos a poder seguir así, como ahora en el calabozo éste —sonrió o lloró mientras decía—: con la ventana nuestra, me dijeron... me dijeron un montón de cosas para que te diga... Mi amor, quiero que sepas esto... hace cinco años cuando te nombraron Director de esta cárcel vos me dijiste: «Quiero hacer una cárcel

perfecta, quiero que en el país haya una cárcel perfecta». Lo conseguiste. Hiciste un mundo limitado por rejas, nosotros estábamos de un lado y ellos del otro cumpliendo todos la misma condena... Todos somos un poco esclavos de nuestras obras, pero nosotros vivimos dentro de nuestra obra y éramos parte de ella, por eso dejamos de ser libres, como les pasa a ellos ahora... Después conocimos la libertad, nos dieron un calabozo que mide cuatro por cuatro, dos platos enlazados, dos cucharas de madera, una ventana, dos cuchetas, una reja maravillosa que nos defiende de la esclavitud, y fuimos tan felices que ni nos acordamos que tarde o temprano tenía que pasar esto. Mi amor, al principio creí que te iba a dar ánimo para que resistas, pero no puedo... no puedo, querido, es tanto lo que tengo ahora que no quiero perderlo. Por favor, firmá. Quiero seguir siendo libre.

Él la miró. Después dijo con dificultad:

—Yo también.

La cara de Paula quedó quieta ante los ojos doloridos que aun cerrados guardaban la imagen por un rato, cuando los volvió a abrir, ella le dijo a través del dolor de su sonrisa:

—¿Eso es ser libre?

—Sí.

—¿Tenés idea de cómo te quiero?

—Sí.

—¿Tenés miedo de mañana?

—Sí.

—¿Sabés lo que pienso de vos?

—Sí.

—¿Qué?

—Que estoy loco.

—Sí.

—Que no tengo derecho a hacerte esto.

—Sí.

—Que son mentiras todos los si que estás diciendo.

—Sí.

Sobre el suelo de la celda la sombra se había detenido. Lisandro miraba adentro como hacía un tiempo había mirado afuera. La cara destrozada

parecía en la penumbra una mancha grande sobre la almohada, y el cuerpo de Lisandro estaba quieto con las manos sobre los barrotes.

—¿Me vienen a buscar? —dijo el Director.

—No —dijo Lisandro— todavía no es hora.

Se quedó callado y después dijo:

—Son quinientos hombres que tengo que liberar.

—Incluyéndolo a usted —dijo Paula.

—No, yo ya soy libre.

Cuando los dos miraron a Paula el Director dijo:

—Es la primera vez que tengo realmente miedo.

Después los pasos de los hombres se fueron acercando y al llegar a la celda endurecieron el silencio con el último taconeo de los pasos detenidos. La voz de Agustín se oyó:

—Es la hora, señor.

Y Lisandro dijo:

—Dentro de un minuto van a comenzar a torturar a su mujer, si no firma las planillas.

Millones de relojes en un mundo de millones de hombres dependientes de relojes, tictaqueaban los segundos de un tiempo relativo.

Cuando el minuto terminó, las primeras manos se cerraron sobre Paula ya sentada en la banqueta de madera, y casi al mismo instante Agustín caía al suelo derribado por el golpe.

Cuando el Director volvió a golpear, otro hombre cayó boca abajo sobre el piso, y la pistola que su dueño extraía en ese momento se desprendió de la mano aturdida e independiente del reflejo interrumpido. El Director se precipitó sobre ella, y una vez que la tuvo, apoyó el cañón sobre su mano derecha con el percutor levantado. Un instante después, entre el sonido extinguido del disparo, las miradas bajaron desde la mano destrozada hacia las manchas superpuestas, que la sangre empezaba a dibujar sobre el piso.

Las gotas caían una tras otra, y los ojos de los hombres seguían su trayectoria como mirando su propia libertad goteando sin futuro sobre las baldosas del piso. Después fue la furia desalojando al estupor, al miedo, al dolor, a la angustia de volver a esa nueva esclavitud, la esclavitud de la

libertad dependiente de la esperanza de un mañana estipulado por ellos mismos.

Entonces atacaron con las armas que durante días habían llevado como símbolos ociosos de un estado mental recién perdido.

La pistola del Director disparó varias veces demorando la muerte que ya lo rebalsaba, y cuando el cerrojo quedó abierto tras el último balazo, el arma de Lisandro empezó a disparar contra los hombres, mientras cubría con su cuerpo al otro cuerpo que apoyado en la pared, parecía sostenido por sus propias heridas como esperando.

Los hombres se detuvieron desconcertados, y por un instante, el tumulto del calabozo quedó quieto entre los quejidos de dos de los presos extendidos moribundos en el suelo.

Agustín avanzó y hundió su bayoneta en el costado de Lisandro y éste y el Director se desmoronaron casi al mismo tiempo uno sobre otro, como un solo gran cuerpo retorcido.

Sobre el piso del calabozo la mano inerte y agujereada mantenía su palma hacia arriba, como en una entrega, y la sangre que todavía seguía saliendo del costado, corrió por entre las baldosas hacia los otros dos hombres que agonizaban.

Uno era un ladrón y el otro también.

OceanofPDF.com

ALGUIEN EN ALGÚN LADO

POR esa calle que corta Montes de Oca al mil y pico y corre hacia Dock Sur dejando a sus costados un tendal de casas encaramadas sobre veredas altas, y que después, al llegar al Riachuelo, se abre en ese empedrado desparejo en donde de tanto en tanto crece algo de pasto como un símbolo de la postrer rebeldía de una pampa vencida, aplastada, oculta y ya ni siquiera olvidada —camina Juanjo.

Camina despacio, como si se alejase sobre una distancia ya pisoteada por el desdén y la costumbre, pero en realidad está cada vez más cerca de algún lado, que no es ese corralón de puertas de fierro en donde se ha detenido mientras suelta uno tras otro los botones del saco, ni tampoco es esa otra casa que él ni siquiera ha mirado al seguir caminando con el saco abierto sobre la cintura, de donde asoma la culata de un Eibar 38 de caño recortado y que unos instantes más tarde después de abrir una puerta y atravesar un patio y empujar otra puerta, llevará en su mano apuntando hacia adelante y el dedo curvado y alerta sobre la cola del disparador.

—Andás de pesada muchacho —le dijo el hombre sin sacar los ojos del arma que lo apuntaba.

—Sí, don Alejandro —contestó Juanjo.

—No estoy calzado —volvió a hablar el hombre señalando su cuerpo desarmado.

—¿Para quién trabajás, para Boglietti?

—Sí, don Alejandro.

—Yo te puedo pagar mucho más que Boglietti. ¿No querés trabajar para mí?

—Sí, don Alejandro, después.

—¿Después de qué?

—Tengo que pegarle una biaba, me pagaron por adelantado.

Subió el brazo entonces, en un velocísimo movimiento y golpeó varias veces con su revólver la cara que retrocedía, al principio pálida, después sangrante, después parcialmente cubierta por las manos empapadas, que ahora bajaban hacia el bajo vientre tan dolorido, que cuando el zapato de Juanjo volvió a golpear ya el hombre había caído hincado balbuceando Insultos, que pronto se acallaron cuando la boca quedó contra el suelo como susurrando a la tierra la confidencia inútil de su odio.

Juanjo le abrió la mano sobre las baldosas del piso y luego machacó con el taco los dedos abiertos, después tomó el otro brazo que se extendía dócil a lo largo del cuerpo sin conciencia y lo dobló hacia atrás hasta el crujido.

Parado ahora junto al trabajo terminado, miró su propia violencia sobre las posiciones dispersas, del hombre que al día siguiente también miraría, pero ahora ordenado por las manos cuya hacendosa, indiferente y mecánica actividad, desplegada sobre la camilla y bajo las luces del hospital, habían tapado con yesos y con vendas no sólo ese desorden ya destruido sino también la espera del retorno de la forma, mientras la voz del hombre, que desde ese momento ya era su patrón, hablaba con dificultad desde la almohada:

—Ya sabés Juanjo, quiero que sea hoy mismo me lo buscás a Boglietti y le hacés el doble de lo que me hiciste a mí.

—Sí don Alejandro —dijo Juanjo.

* * *

Había nacido Juanjo hacía más de veinte años, en algún lugar en donde el campo ya no era más campo y la ciudad todavía no era ciudad, en esa franja en donde el tiempo lento de las distancias lentas parecía titubear ante ese tiempo que avanzaba apresurado sobre el asfalto y el empedrado de las primeras calles, y que los hombres como él, recién venidos de otro tiempo, habían asimilado con las manos alertas, dependientes de esas cinturas algo quebradas por el caballo que nunca montaron, y por el cuchillo que todavía llevaban como un derecho traído de hacía mucho, y por el revólver también llevado como un deber adquirido recién hacía poco.

Creció en ese rancho de chapas acanaladas, frente a los charcos de agua sucia alborotados durante el día por sus pedradas violentas, y que a la noche, algunas veces, cuando la luna los convertía en superficies de acero, templado como los hombres también templados por esa misma noche, Juanjo demoraba su sueño ante sus sueños.

Crecía como algo arisco, cobrizo y sin motivo, mientras merodeaba por los recodos de una vida enmarañada y áspera como él mismo. A los quince años lo tajeó al colorado Remondegui tras el veintiocho de un envido que hacía insuficiente el veintisiete que no soltó de la mano hasta después, ya en la calle, corriendo en la oscuridad, dejando atrás la sangre que goteaba del antebrazo y empapaba la mano que él había detenido en su trayecto a esa daga en el chaleco ahora tan inútil como ese cinco de copas y ese tres también de copas volcados sobre la mesa también volcada.

No fue su primera sangre, pero sí su primera sangre castigada y desde ese trueque de violencia aceptó para siempre el intercambio de un precio que él intuía estipulado de muy lejos.

Más tarde empezó a alquilar su brazo y la órbita de su brazo y su tiempo y su presencia preventiva o vengadora y el temor a su revólver y a su cuchillo.

Ahora tenía un nuevo patrón y los «sí, don Alejandro» casi siempre eran precursores de algún dolor, que alguien en algún lado sufriría, mientras él —Juanjo para todos— cobraría los billetes equivalentes a ese derroche impersonal y eficiente de su fuerza contenida.

Un día la conoció, como algo suave y distinto demorado en sus ojos que habían demorado los otros ojos, marrones al principio y después también marrones, con algo despavorido y alerta como las gamas que nunca había boleado ni siquiera visto o como la tierra levantada de la tierra por sus pasos sin rumbo sobre la tierra.

Casi no hablaron ese primer día y lo poco que dijeron fueron frases gastadas, ya dichas, ya escuchadas, como parte de un idioma extranjero de tan propio.

—Soy medio bruto para lo libro —dijo él, porque ella le había dicho: «La patrona de mi hermana tiene una pared llena de libros».

Después se callaban y no pensaban ni en la patrona, ni en la hermana, ni en la pared tapada por los libros, como si las palabras no tuviesen otra función que la de sostener la endeble armazón de otros pensamientos, ajenos a los pensamientos, que habían provocado esas palabras, que brotaban ahora, independientes de ellos mismos, como un hambre antigua no saciada que los precedía.

—¿Viste?

—Sí.

Y se encontraban entonces, mirandose desconcertados, como si el escamoteo de todo lo no dicho fuese parte de esa eterna economía, de ese ahorro que la imagen impone a las palabras. Entonces se besaban, recién entonces.

La primera mentira que él le dijo fue que trabajaba en el puerto, después que ella le dijera:

—Pero para casarnos cómo vamos a hacer.

Y él siguió mintiendo, sin saber que no mentía, porque los hombres son más lo que quieren ser que lo que son, mientras ella, con su mano dentro de la de él lo miraba desde el fondo de su confianza, mientras él, Juanjo, el hombre que era, miraba sin saberlo a ese hombre que pudo haber sido.

—Juanjo.

—¿Qué?

—Esta noche vení a casa.

—¿Para qué?

—Quiero que te conozcan.

—¿Quién?

—Todos, papá, mamá.

—Me vaya casar —dijo Juanjo una hora más tarde y don Alejandro lo escuchaba.

—¿Con quién?

Y ahora estaban los dos hablando como ese primer día, unidos ambos por una circunstancia ajena a ellos mismos, y cuando Juanjo dijo:

—No vaya trabajar nunca más en esto.

Don Alejandro contestó:

—Escuchame.

—Sí don Alejandro.

—Hace cuatro años que trabajás para mí, ¿no? Nunca te fallé, ¿no? Con la cana nunca tuviste problema, ¿no? Te pagué todos tus trabajos, ¿no?

—Sí don Alejandro.

—Y me vas a dejar ahora, así, sin tiempo para buscarme otro, ¿eh?

Después sonrió y la mano aquella que desde hacía cuatro años se había movido ante los ojos de Juanjo en un único trayecto que empezaba en su bolsillo y terminaba unos cuantos centímetros delante de él, con uno o dos billetes entre sus dedos, ahora estaba sobre su hombro como algo muy cansado y tal vez triste.

—Andá nomás muchacho.

—Sí don Alejandro.

—Pero antes tenés que hacerme un trabajo.

—¿Un trabajo?

—Sí el último. Tenés que darle la salsa a uno. Hoy mismo, ¿podés?

—Sí don Alejandro, y no se lo voy a cobrar.

—Es uno que trabaja en el frigorífico. Te voy a dar la foto del carnet del sindicato. Lo vas a ubicar fácil, es un viejo, le decís que yo tengo que verlo y te lo llevás al galpón y ahí se la das.

—Sí don Alejandro.

El viejo titubeó un poco antes de entrar al galpón, con la sospecha no sólo en la cara sino también en los pies que se detuvieron y en las manos que se apoyaron asustadas en el marco de la puerta. Pero el empujón lo hizo avanzar y cuando balbuceó «Eh... que...», ya estaba en el suelo sangrando por la ceja.

Cuando Juanjo terminó, todavía volvió a patear le un poco más la cara como un artesano dando unos toques gratuitos al finalizar una obra. Después lo dio vuelta y pensó en don Alejandro y en la mano que todavía le parecía sentir sobre su hombro, entonces volvió a patear la cara del viejo y miró agradecido al inconsciente testigo de ese sentimiento nuevo que lo invadía.

Ahora caminaba, bordeando el Riachuelo, esperando la noche, saboreando el sonido que sus mismos pasos producían sobre los muelles mientras su sombra se extendía a veces sobre el agua. Después se detuvo y

dejó caer primero el revólver y después el cuchillo, y se quedó mirando los círculos que las ondas formaban sobre la superficie, como si fuesen muchos algas huyendo hacia la nada y cuando las ondas fueron nuevamente superficie, Juanjo siguió caminando hacia sí mismo.

Ella lo esperaba en la puerta y se abrazaron como apretando una felicidad usurpada de ellos mismos.

Una hora después sentados ya solos en la sala ella le dijo:

—A mamá le gustaste, la conozco.

—¿Y tu padre?

—No sé, ya tendría que estar, trabaja en el frigorífico.

Cuando sonó el teléfono, ya la cara de él se había endurecido. Una sonrisa triste le tironeó en la cara, como una cicatriz que desde ese momento llevaría como profanando el dolor de haber nacido.

—... ¿qué?... ¡sí!... ¿en que hospital? Sí... sí voy para allá.

Cuando ella cortó ya el cuarto estaba vacío.

Por la calle Juanjo seguía caminando hacia un destino, se detuvo un momento y al respirar hondo la noche entró en su cuerpo para siempre. Después siguió caminando alejándose de lo que no había sido y de las palabras que nunca llegó a oír.

—Sí mamá, recién hablaron, está en el hospital, creen que puede ser apendicitis.

EL LADRÓN DE TIEMPO

COMO un baldazo de agua sobre la vereda recién amanecida, se desparramó el día después de esa noche, y antes que el baldazo de agua se desparramara sobre la vereda ya amanecida desde hacía rato, mientras ella (la dueña del balde que hasta más tarde se mantendría seco, y dueña también de las manos suavemente inertes a los costados de su cuerpo acostado, en aquel cuarto en donde un poco de noche todavía quedaba bajo sus párpados apretados, que no abrió a pesar de estar ya despierta y de decir «no tenemos tiempo» en un infructuoso y no sincero esfuerzo por detener esa mano que desde hacía rato jugueteaba entre sus muslos) volvía a insistir:

—En serio, mirá la hora.

Pero la mano, un poco más fría que sus muslos, pero algo más tibia que sus pechos, y con la forma y movimiento que éstos le habían impuesto, cóncava, lenta, suave, agresiva, plana, casi independiente de la ternura de su dueña; e imponiendo a su vez a esos pechos la forma y el movimiento que ella —la mano— exigía, formaba, obtenía, como si ellos —los pechos— cóncavos, lentos, suaves, agresivos, planos, fuesen la consecuencia de una causa y no la causa de una consecuencia.

—Van a ser las seis, te van...

Pero era ahora un beso sobre la frase inconclusa, y las palabras aplastadas por los labios de su marido, tratando de ser sonido a través de la boca entreabierta y «mirá que...» y otro beso, y otro beso y «en serio mirá» y otro beso y otro más y las palabras que no sólo no serían dichas, sino tampoco recordadas, y los brazos y las piernas y espaldas y caderas y el tumulto detenido unos instantes ante el despertador sorpresivo, estridente, acallado, y ella Con su cara pegada a la de él diciendo:

—Viste, viste, son las seis.

—¿Y?

—No podemos.

—¿No?

—¿Sí?

—Sí.

—No. Te van a echar.

—Vale la pena.

—No, en serio, esperemos hasta esta noche.

Pero no esperaron y él, Bernardo Suárez, llegó dos horas tarde esa mañana a la fábrica, y ella, Leonor, con parte de aquél que nueve meses más tarde se llamaría Pedro, quedóse en la cama con los ojos abiertos, en aquella casa con su prolija felicidad detenida e inmóvil, mientras a veinte cuabras de distancia, el capataz diría a su marido «te dormiste, che» y ella, feliz, estática, horizontal, recién llegada de su momentánea evasión, sin pensar siquiera en aquel tremendo eliminar de posibilidades, del feroz desplazar hacia ese óvulo germinador, de aquello único, indispensable, que en su interior luchaba en un tenaz y desesperado intento de supervivencia eterna o de simple continuar de subsistencia en el hermetismo de la materia.

Ahora era Pedro y su llanto, y su cama de volados blancos centralizando la órbita de los movimientos familiares durante los primeros días y los primeros meses, y luego más aún cuando ese centro desplazóse por el cuarto en el zig-zagueante tambaleo de sus primeros pasos, que luego se prolongarían años después camino del colegio, donde la maestra inclinada sobre su cuaderno diría más de una vez «Muy bien, Pedro» o algo parecido y escribiría con letra prolija junto al margen, una serie de palabras que Bernardo leería con dificultad para luego decir «Muy bien, Pedro» o algo parecido, sobre esa cabeza ordenada de gomina y reglas gramaticales y tablas y nombres como Vacca, Varante, Varela, Sosa, Lazzati y Pescia.

—¿Pasó?

Pero esto lo preguntaba Bernardo bastantes años más tarde, al abrir la puerta de la cocina, con la mirada ansiosa que no se detuvo sobre la olla humeante del guiso inminente, sino sobre la mirada también ansiosa de su mujer.

—No sé.

—¿A qué horas daba?

—Salió a las nueve.

—¿Estaba tranquilo?

—¿A qué horas daba?

—Salió a las nueve.

—¿Estaba tranquilo?

—... y vos sabés cómo es.

—Capaz que ya dio.

—Capaz que sí.

Ahora los dos con las miradas respectivas sobre la olla común, sin levantar la vista, sin decir «¿cómo te fue?» a Pedro que entraba en ese momento tarareando alguna cosa, con su corbata torcida y las piernas que hacía dieciséis años que crecían, pero que hacía casi dos que lo hacían ocultas bajo el pantalón largo, y el pelo ahora en absoluto ordenado y la mano —juvenil, sucia, inmadura, hambrienta, la menos iletrada entre aquellas otras, la que esa mañana había escrito sobre la hoja blanca del papel del examen: $\logaritmo$ es el exponente de una potencia a que hay que elevar un número llamado base, para obtener un número dado— levantó la tapa de la olla humeante y dijo:

—De nuevo porotos, siempre porotos. Entonces ella, Leonor, la madre, lo miró preguntando con sus ojos ansiosos mientras no le decía «¿pasaste?» y su marido tampoco decía «¿cómo te fue?» aunque a los pocos instantes sí dijeron casi simultáneos:

—¿Y?

—Pasé, saqué un seis, me tocó la once.

Ahora el guiso estaba en los platos enlazados, con la forma y volumen casi idénticos que el cucharón les imponía, y que Bernardo y Leonor mantendrían en su forma, no así en su volumen, que iría desapareciendo en la alegría de sus bocas entreabiertas de chistes y comida, mientras que en el plato de Pedro la forma inicial perdía toda su vigencia al ser desparramada por el tenedor desdeñoso, Y el volumen aparentó mantenerse después del primer e inquisitivo bocado, pero luego no fue así, hasta el extremo de decir

después de un rato mientras masticaba el pan meticulosamente restregado sobre el plato vacío:

—¿Hay más?

—De nuevo porotos, siempre porotos —dijo la madre, y las risas se mantuvieron en las caras felices aún después de haberse extinguido su sonido y cuando él dijo:

—El año que viene doy el ingreso —el padre dijo ingreso, pero ahora la sonrisa se había endurecido, quieta, inmóvil, detenida en su desplazar hacia el olvido, como si en ese momento hubiesen dos tiempos en esa misma cara, uno de ellos en su marcha normal hacia el futuro, mientras el otro se desplazaba hacia atrás, hacia esa vez que Leonor en la intimidad de su cuarto había dicho —pero ¿cómo se podría?— y él había contestado:

—Y...

—Pero algo hay que hacer.

—Y sí, algo hay que hacer.

Pero nada podían hacer porque su sueldo era chico y para que Pedro pudiese ir a la Facultad necesitaban casi el doble de lo que él ganaba, porque vivían en un pueblo a tres horas de Buenos Aires y aun en el caso de que ella trabajase, no les hubiera alcanzado ni siquiera para la pensión, y ni él ni ella hablaron más del asunto hasta:

—El año que viene doy el ingreso.

—¿Ingreso?

—Lo apruebo seguro, si Fernández pasó, pasa cualquiera —dijo Bernardo y la sonrisa ya no estaba y Pedro dijo:

—El gordo, el de la otra cuadra.

—¿El gordo?

—Sí, el gordo, ¿no te acordás? —dijo Leonor en un desesperado esfuerzo por seguir hablando del gordo— ése que andaba siempre con Luisito.

—Papá, ¿vas a poder?

—Sí —dijo Bernardo y la importancia de la palabra quedó flotando ahí debajo o tal vez encima de la frase de Pedro.

—Cuando sea abogado todo va a ser distinto, ¿sabés?

—No quiero que sea distinto —no llegó a decir Leonor porque una especie de llanto se le quedó en la garganta, pero en cambio lo besó a Bernardo con seria e infantil confianza y después dijo:

—Vaya llorar.

—Mamá.

—Vaya llorar, y ¿qué hay?

—Ya estás llorando —dijo Bernardo.

—No estoy llorando nada, estoy por... ahora sí.

La abrazaron y la besaron y le dijeron cosas y la sentaron sobre la cama y le secaron las lágrimas y Pedro dijo:

—Pero mamá, mirá el lío que hacés.

Ella no escuchaba, porque hada rato que tenía la mano de Bernardo sobre su hombro y su cara rozaba la suave aspereza de su piel, y lo miró y le dijo:

—¿Por qué no me dijiste?

* * *

Bernardo Suárez era el encargado de la limpieza de los vestuarios de la fábrica.

Eran cerca de tres mil obreros que todos los días en las perchas alineadas, colgaban los sacos que permanecían ahí cuatro horas a la mañana y cuatro a la tarde, esperando las espaldas y los brazos que habían llenado esos sacos y que volverían a llenarlos después del toque del pito de salida, impregnando esa forma vacía, momentánea, absurdamente humana, con algo del cansancio que su dueño estaba acumulando, en su continuo trocar de energía, movimientos, esfuerzo, en materia ajena transitoria y perecedera.

Bernardo empujaba su cepillo entre aquella formación de sacos, que como un ejército vencido de antemano en una guerra nunca habida, daba su espalda al único testigo de la derrota. Eran sacos y sacos, centenares y centenares, casi todos con huellas de cosas no sucedidas, algunos eran azules, lustrosos de domingos pasados y sábados nocturnos, ya no acompañaban más al cuello duro ni a la corbata violenta, ni las solapas

conservaban huellas del cepillo que había eliminado los polvos baratos que dejó alguna cara, como cenizas de un tango de algún baile olvidado. Otros eran marrones, de género fuerte, comprados tras la mirada experta, cuidadosa, agresivamente práctica, de la mujer que él llamaba vieja, y que a veces lo era, o por la hermana con su soltería permanentemente momentánea. Otros eran grises, otros de cuero, había camperas de bolsillos oblicuos y codos gastados; eran sacos y sacos, con funciones térmicas, sociales, costumbristas, que cubrían a hombres con problemas térmicos, sociales, costumbristas.

Un día Bernardo introdujo su mano —cóncava, lenta, suave, agresiva, plana— en uno de los bolsillos de uno de los sacos, y cuando después la abrió bajo su cabeza inclinada, un puñado de monedas diseminadas sobre su palma se mantuvo unos instantes ante sus ojos decididos; después cayeron al fondo del tintineo oscuro del bolsillo de su dueño, cinco de las seis monedas que habían salido de él, mientras la sexta quedaba en el puño cerrado de Bernardo.

Fue la primera, la primera moneda de diez centavos que junto con otras, pagarían los estudios de su hijo. Él sabía que ninguna persona que tuviera en su bolsillo más de cuatro monedas notaría jamás la falta de una de ellas.

Ahora era la bolsa, pesada de monedas que sobre la cama matrimonial concentraba las miradas de Bernardo y de Leonor.

—No, así no —dijo ella.

—Es la única forma.

—No importa, así no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Pero ¿por qué?

—Es robar.

—Sí, es robar, pero no lo que vos creés.

—Es robar.

—Sí, pero es distinto; escuchame, yo sólo saco diez centavos de cada hombre y diez centavos equivale a treinta y dos segundos de trabajo, me entendés, ya hice el cálculo, treinta y dos segundos de trabajo...

—¿Y?

—Yo soy el que toco el pito de empezar y terminar el trabajo, cuatro veces al día toco el pito, ¿sabés?

—Sí.

—Bueno, con tocar el pito ocho segundos tarde en las dos entradas y ocho segundos antes de las dos salidas, nadie se va a dar cuenta y los hombres van a trabajar treinta y dos segundos menos por día, así que esos diez centavos que yo les saco se los devuelvo en tiempo que no van a trabajar, me entendés, yo sólo estoy robando tiempo.

—¿Tiempo?

—Sí, tiempo y sólo estoy robando treinta y dos segundos de trabajo a la fábrica.

—Pero el tiempo... el tiempo es de alguien.

—Sí, es de alguien y es de todos. Cuando Doña Clara te viene con los cuentos del novio de la hija te roba tu tiempo y vos no la llamas ladrona, ¿no?

—No, pero...

—Hay cosas que son así, como el agua y el aire, pueden ser de alguien pero son un poco de todos.

* * *

Fue Derecho Romano la primera que tacharon sobre el papel clavado en la pared con la lista de todas las materias que cada tanto irían desapareciendo bajo los trazos categóricos, jubilosas y drásticos, con algo de ceremonia, con que Bernardo y Leonor las eliminaban con el lápiz negro en una mano y en la otra la carta leída... releída y comentada, que decía algo así como:

Queridos papá y mamá:

Acabo de aprobar Derecho Comercial, me costó bastante. Tu giro me llegó justo porque ya estaba tocando fondo, hoy empiezo a estudiar Derecho Penal, vaya tratar de darla en julio.

—A ésa no le tengo miedo.

—Y después... ¿por qué no le tenés miedo?

—Porque no.

—Pero ¿por qué no?

—Porque no, porque parece fácil.

—Pero ¿vos qué sabés?

—¿Y vos?

Ahora la risa desde dentro del abrazo y la felicidad apretada entre los cuerpos alegres, y el tiempo, y el tiempo con migajas demoradas en bolsillos alineados que seguirían siendo despojados por Bernardo durante días y semanas y meses y años, mientras el papel con las materias tachadas envejecía contra la pared y aquellas palabras inentendibles, desconocidas, importantísimas, desaparecían bajo los trazos del lápiz apretado en esa mano, en el extremo de ese brazo que empezaba en ese hombro, que junto con el otro se levantaría, años después en un gesto perplejo e infantil, cuando ella, Leonor, madre, mujer y parte de todo aquello, le preguntó con la carta recién abierta sobre la mesa de la cocina:

—¿Por qué llorás?

Y él con los hombros todavía unos instantes levantados y las manos en los bolsillos de su propio saco, y los hombros nuevamente en su posición normal, y los pómulos surcados por las lágrimas aplastadas, y parte de ellas ahora sobre la manga dijo:

—No sé.

Y ella también lloraba, porque la carta de Pedro anunciaba haber aprobado la última de las materias y la alegría de ambos parecía serenar la lenta tensión de aquellos años y se miraron en las caras surcadas ahora ambas por aquel tiempo que Bernardo había robado gota a gota de los sacos insensibles, para que Pedro, hijo, parte, depositario de ese tiempo ajeno, se recibiera de abogado en la ciudad lejana.

—Te das cuenta, Pedro doctor, ¿te das cuenta?

Entonces él, Bernardo, miró a Leonor y dijo:

—Estoy muy cansado, sabés, estoy muy cansado.

—Si, viejo, estás cansado, pero ahora vas a descansar, ahora vas a tener tiempo...

La frase inconclusa quedó ahí frastrada en su forma acústica, pero ya concluida en la cabeza que giró junto con la de Bernardo hacia la puerta de entrada, cuya madera sin pintar había colaborado junto con los nudillos del policía, en la emisión de esos golpes fuertes, perentorios, impersonales, como el hombre uniformado que ahora dentro del cuarto preguntaba:

—¿Bernardo Suárez?

—Sí.

—Hay una denuncia contra usted, me va a tener que acompañar a la seccional.

—¿Denuncia?

—Sí. Hace días que lo andaban vigilando en la fábrica, dicen que usted les robaba; vamos, póngase el saco y a usted, señora, le convendría ir buscando mientras un abogado.

—Un abogado...

Ahora era Bernardo y era Leonor, mirándose ambos en el tiempo quieto.

* * *

—Señores Magistrados, quiero terminar mi defensa de Bernardo Suárez con una aclaración: ni el acusado ni yo estamos ocupando los lugares que nos corresponden. Un hombre joven, a muchos kilómetros de distancia, estuvo durante años robando el tiempo a su padre, haciéndole creer que estudiaba. Si lo hubiera hecho, tendría que estar en mi lugar. Por no hacerlo, debería estar en el de su padre.

OceanofPDF.com

CUARENTA Y CUATRO CUARENTA

LA pata del caballo se apoyó una cuarta más adelante del lugar donde había pisado la mano, y las huellas de las dos herraduras junto con las otras huellas que el animal iba dejando a su paso, se mantuvieron apenas unos instantes sobre ese desierto que el viento arremolinaba desordenando esas huellas que ya no eran huellas sino arena dispersa sobre las matas de coirón, sobre el pasto seco, y sobre sí misma.

Era un animal de buena alzada, cebruno, bastante mestizo, que escarceaba como molesto por el tintineo que él mismo producía en el freno de plata, sujeto a esas riendas que se extendían junto con el cabresto hasta la mano que las juntaba, para luego caer hacia un costado chicote ando un poco el estribo grande de madera.

El hombre se había tapado la cara con el pañuelo para protegerse del viento, de manera que bajo el ala del sombrero sobre los ojos entrecerrados, la tierra se amontonaba sobre las cejas tal vez grises, y sobre la mano, no sólo la que sostenía tan altas las riendas y el cabresto, sino también la otra, la que descansaba sobre el muslo muy cerca de la culata del winchester cuarenta y cuatro, que asomaba tras el borde de la carona y más cerca todavía de la culata de un revólver, seguramente un Smith o tal vez un Colt de cachas de madera muy gastadas.

No llevaba pilchero ni tropilla, por lo tanto no iba lejos, pero también iba sin perros seguramente por no ser hombre de trabajo. La manta castilla la llevaba por delante desde hacía más de dos horas, porque el sol ya estaba alto y no hacía frío, a pesar de que esa madrugada había tenido que calentar con el agua del mate el freno de plata para no lastimar la boca del cebruno, que ahora al filo ya del mediodía, se había detenido en los primeros repechos de las sierras del Deseado, mientras el hombre desmontaba y se

sacaba el sombrero que sacudió contra sus piernas y luego abolló su copa para volcar en ella un poco del agua de su cantimplora, que acercó con suavidad a la boca del caballo.

Cuando volvió a ponerse el sombrero, la frente quedó nuevamente protegida de ese sol tan alejado de esa frente, que la piel parecía algo impúdico, delicado, ausente de esa vida que había oscurecido, curtido y cincelado el resto de la cara y también las manos.

Después volvió a montar, y tres horas más tarde los dos hombres que él desde hacía rato veía junto al fuego, y que ellos a su vez también lo veían desde hacía rato, con las manos sobre los ojos al principio, y luego ya juntos, con alguna de las manos sobre el pescuezo del caballo y otra estrechando la de él, que ya había desmontado, o sobre el pegual que uno de ellos siguió aflojando a pesar de haber oído la frase que ambos hombres calculaban que el otro hombre recién diría mucho más tarde, y no ahí, en ese momento, con el cebruno sudado que se alejaba ya desensillado y ellos desnudos e impotentes ante las palabras.

—Fui al doctor.

—¿Y que dijo?

—Que me muero ya no más.

Entonces los dos hombres —con los movimientos abandonados sobre los objetos que las manos todavía sostenían sin objeto, y con las miradas sobre algo que no miraban, mientras eran mirados por el hombre que la policía de todo el territorio buscaba desde Río Gallegos hasta Garayalde se quedaron quietos y silenciosos, en la gran extensión también quieta y silenciosa, porque el viento se había aplastado contra el suelo como esperando el retorno del polvo desalojado.

El hombre se llamaba Demetrio Morel y los otros dos eran sus hijos. Todos los juzgados de la Patagonia habían pedido su captura, y casi todas las armas que la ley había alzado contra él, habían vuelto burladas o vencidas o quedado en el suelo junto a sus dueños o perdido su rastro en el desierto.

Ahora ese hombre, vencedor sobre la violencia, sobre las normas, sobre el acero de las hojas desenvainadas o sobre el plomo y el níquel de las

balas, sobre la sangre, sobre la muerte, llevaba la muerte en su propia sangre como la inercia de un movimiento ya detenido.

Habló, pero recién a la noche, cuando las cabezas sobre los recados miraban hacia arriba hacia la distancia, ellos tres que pronto serían distancia, ahora acostados en ese suelo mientras el hombre con uno de sus hijos a la derecha y el otro a la izquierda decía «Ustedes son...». Se interrumpió, porque iba a decir «lo único que tengo», y sacó los brazos de debajo de las mantas dejándolos extendidos hacia ellos, los que escuchaban con las cabezas tristes bajo las estrellas, y miró primero a uno y después al otro como dudando y prosiguió:

—No quiero esperar, mañana quiero estar muerto. Tengo en el tirador toda la plata de los últimos asaltos, es para vos —dijo mirando al menor de sus hijos, al que al día siguiente vería por última vez, después de ese abrazo silencioso en la niebla de la mañana, alejándose al tranco de su bayo encerado, e internándose en ese mundo que se abriría al paso de su winchester treinta-treinta, durante meses y años hasta el día aquel, en que el azar de una venganza lo llevaría a un pueblito sin nombre en el norte del Chubut, donde se detendría.

Ahora solos el padre y el mayor de los hijos los dos a caballo en un cruce de caminos mirando a lo lejos y las palabras:

—Ahí es Leona Muerta. Ése es el pueblo que te dejo de herencia y acá tenés mi winchester.

* * *

El comisario de Leona Muerta había sido nombrado por una comisión de vecinos hada más de cuatro años, y esa misma comisión, por lo menos algunos de sus miembros, oyeron el disparo que atravesó el pecho del hombre en cuya velocidad de brazo y en cuya destreza habían confiado, sin saber que esa velocidad y esa destreza acababan de detenerse en la mitad de un trayecto, cuya mano nunca más recorrería, a pesar que el reflejo de su instinto todavía alojado en ese cuerpo, junto con la bala entre sus costillas, lo hizo girar sobre sí mismo para tratar de eludir el segundo balazo, como si aun esas dos cualidades: la velocidad y la destreza, dependientes una de la

otra e inútiles una sin la otra, estuviesen todavía en vigencia delante de aquel hombre dueño de las palabras recién pronunciadas —Soy Demetrio Morel— y dueño de la velocidad y destreza suficientes como para alejarse ahora lentamente del cuerpo quieto del comisario muerto.

La noticia corrió por la calle principal, desbordó la plaza, y siguió delante del hombre que avanzaba, y cuando éste se detuvo muy cerca de la puerta del bar del Hotel, los hombres que formaban la clase alta de ese pueblo en la Argentina y cuyos nietos, algunos de ellos tal vez, sean ahora la clase alta de este pueblo argentino, lo miraron a través del vidrio mientras abría la puerta del bar, y después sin el vidrio que los separaba, lo vieron avanzar hasta el mostrador en donde apoyó un codo de manera que su mano —la veloz experta y condenada mano— colgara muy cerca del revólver todavía tibio por la muerte que su propia muerte había reclamado.

En el silencio del cuarto, el silencio de los hombres agrupaba a los hombres dueños de esas normas cuya violación provocaba ese silencio, mientras el silencio de Demetrio Morel, se mantuvo insolente sobre el otro silencio como ensordeciendo las palabras calladas y los movimientos detenidos sobre las armas quietas y enfundadas.

Entonces fue el sonido, y también el movimiento, pues el dueño de los pasos que se oyeron sobre las maderas del piso, avanzando como en un lento y premeditado desafío, que recién se concretó cuando el hombre —joven desconocido forastero, que recién había llegado al pueblo hacía algunas horas y se había anotado en el registro del hotel como comprador de hacienda— se detuvo con el winchester cuarenta y cuatro que asomaba entre sus brazos cruzados sobre el pecho y la mirada firme hacia adelante como esperando.

Cuando las armas se acallaron, el hombre joven estaba extendido en el suelo con el rifle humeante entre sus manos. Demetrio Morel apoyado en el mostrador miraba hacia abajo como escrutando el lugar donde caería para siempre.

Cuando lo hizo, los parroquianos del bar, los que habían visto cómo los tiros de su revólver se estrellaron contra la pared demasiado altos sobre la cabeza del forastero, mientras éste hacía su primer disparo casi sin mover los brazos y el segundo desde el piso en donde se había tirado, en una

experta y velocísima sucesión de movimientos, lo vieron ahora levantarse lentamente y mirar el cuerpo inerte del que ellos nunca sabrían que era su propio padre.

Lo nombraron comisario ese mismo día corno había calculado Demetrio Morel en su última tarde cuando le dijo:

—Yo voy a tirar alto y vos apuntá bien. Después te van a nombrar comisario y el pueblo va a ser tuyo.

* * *

Cuando a la mañana abría la ventana de la comisaría, la que daba sobre la calle principal, parecía que todo el pueblo se extendía ahí al alcance de su mano, y cuando sus habitantes pasaban por la puerta y lo saludaban, el tácito acatamiento de los hombres hacia la fuerza, parecía confirmarse en cada inclinación de cabeza o de respetuosa llevada de la mano hacia el borde de la gorra o el ala del sombrero.

Entonces él, con su traje negro y sus botas altas y el winchester inseparable sujeto en una mano a lo largo de su cuerpo, contestaba apenas con el esbozo de un gesto cuya órbita corno una tardía y desproporcional imitación de la otra órbita, la que ya había bajado del borde de la gorra o del ala del sombrero, mientras la de él —la feroz, temida e indolente órbita— apenas se separaba un poco de ese cuerpo, en un absurdo desplazar de unos centímetros o la insinuación de unos centímetros, de esa mano, que de tan veloz había adquirido el derecho a exhibir el privilegio de su quietud.

Un día, un vecino de la zona —uno de los pobladores de esos campos abiertos que recién se alambrarían una o dos y hasta tres generaciones más tarde por sus hijos, nietos o biznietos, los que manejarían automóviles y mirarían los vellones con ojos expertos y hablarían de rindes y de aforos en la oficina de Elviro y Salmerón Fernández— llegó a la comisaría a denunciar el robo de unos capones.

Era un hombre simple, que habló con sencillez, sin dar mucha importancia a sus palabras que acompañaban a su gesto sobre el mapa en la pared señalando la vasta y probable zona del robo, y al darse vuelta para continuar, la oficina ya estaba vacía, y a los pocos minutos el comisario

montado en el cebruno que había sido de su padre y llevando su propio caballo de pilchero, avanzaba por la calle principal, ante los mismos ojos y por la misma calle, por donde volvería cinco días más tarde con un hombre muerto cruzado sobre la cangalla del pilchero y otro hombre exhausto y tambaleante caminando unos metros más adelante, cubierto por el winchester implacable e indiferente apenas apoyado sobre la cruz de su caballo, que seguía escarceando a pesar del cansancio, salpicando a veces con gotas de espuma blanca la cabeza y la espalda del prisionero, y cuando éste se desplomó, ni el caballo ni el jinete se inmutaron siguiendo la marcha ante las miradas de los habitantes del pueblo, que recién ahora pudieron ver que lo que unía al hombre caído con el hombre montado, no era sólo la tácita amenaza del arma que lo cubría, sino el fino trenzado y ahora tenso lazo que de la cincha del cebruno tironeó cruento el cuello del hombre arrastrándolo un poco hasta que consiguió pararse, para seguir caminando, primero a la par y después algo más adelante, como previendo o agregando una escasa garantía de tiempo y de distancia, para amenguar el próximo tirón del lazo en su próxima caída sobre la calle.

Todos lo miraron ese día —los pobladores, los hombres cuyas majadas pastoreaban las pampas, los caña dones, las sierras y que avanzaban sobre la tierra conquistada a la soledad, a la lejanía, al mismo país repantigado contra ese puerto indiferente, los peones, los que vendían sus movimientos, su experiencia, su tiempo a otros hombres dueños de otros movimientos, otras experiencias y otro tiempo, los comerciantes, los dueños del trueque y del esfuerzo, que trasformaban el esfuerzo de otros en algo en tránsito hacia otros esfuerzos, las mujeres, hechas de formas, de miradas propias y ajenas, de pasado, de futuro, los chicos, todavía sin caras en donde depositar sus sentimientos— todos lo miraban al hombre que avanzaba entre la muerte que llevaba cruzada en el pilchero y la vida que marchaba a tropezones, sobre el dolor de los pies llagados y sobre el cansancio.

Cuando llegó a la comisaría lo vieron desmontar y soltar las sogas que sujetaban al hombre muerto y cuando éste cayó, los vecinos del pueblo supieron que ese cadáver que se extendía a lo ancho de la calle era parte de un precio que el comisario imponía con su persona, y con ese algo que

flotaba en el ambiente incluso ahora que él ya no estaba, pero que quedaba ahí, como parte de una parte de ellos mismos.

Entonces rodearon el cadáver y lo dieron vuelta y alguien dijo:

—No es de aquí.

Y el que había hecho la denuncia dijo después:

—Yo no pensé... si hubiera sabido... yo no creía que lo iba a matar —y miró esa cara inerte y desconocida donde la muerte se había asentado antes que la tierra y el polvo que cubrían aquello que muy pronto sería polvo bajo la tierra.

Enterraron el cuerpo ellos mismos y ahí junto a la tumba recién tapada dijeron:

—No puede ser, unos cuantos capones, no valen la vida de un hombre.

—No sé... pero alguien así nos hacía falta.

—Sí pero...

—No pero...

Y las ideas surgían en forma de frases, que apenas representaban una parte de la persona que las decía, porque la tentación del orden luchaba con el miedo de ser responsables de ese orden desatado, como si intuyeran ese mundo del futuro, el de los hombres saliendo de las trincheras de sus istmos y conociendo el miedo de carecer de miedo.

—Hay que hacer algo —dijo alguien.

Esa noche en el piso del calabozo el preso dormitaba. El primer chistido entró dentro de su sueño sin perturbarlo y cuando abrió los ojos ya el segundo chistido había disipado el sueño y permaneció por un instante como único pensamiento en sus pensamientos recién despiertos.

Por la ventana enrejada de la puerta vio la cara del chico, y en seguida su mano indicando silencio sobre la boca, luego la cabeza desapareció y el sonido del pasador de fierro al ser corrido muy lentamente fue lo único que se oía entre las paredes del calabozo. Después el chico cuya cabeza recién había visto apareció en el hueco de la puerta que se abría. De un salto estuvo junto a él.

—¿Quién te manda? —le susurró y esperó perplejo la respuesta de la cara también perpleja sin respuesta y que preguntaba:

—¿A mí?

—Sí a vos.

—Nadie.

—¿Y el comisario?

—Está dormido, yo vivo al lado y lo vi por la ventana.

—Quién te manda.

—Nadie yo vivo...

Pero la frase quedó trunca, porque el puño del comisario surgió del silencio tras sus espaldas y golpeó al hombre en el costado de la cabeza. Después cerró la puerta, y el chico dejó de ver el cuerpo del hombre nuevamente extendido en el piso del calabozo y su mirada bajo el pelo desordenado se mantuvo hacia abajo, mientras sentía sobre su hombro el peso de la mano que lo sujetaba.

—Quién te manda —volvió a oír el chico por tercera vez y volvió a contestar:

—Nadie.

—¿Cuántos años tenés?

—Once.

Ahora la mano que sentía sobre el hombro no sólo lo sujetaba sino que lo empujó hacia adelante por un pasillo para luego pasar a un cuarto en donde oyó el sonido de la puerta que se cerraba.

—Sacate la camisa —fue lo próximo que oyó, y cuando el arreador empezó a bajar sobre la espalda desnuda, el chico ya había cerrado los ojos y apretado los dientes, y cuando el cuero tocó la espalda, el dolor pareció estallar bajo la piel y extenderse hacia arriba como un fuego que se detuvo recién en el borde de la nuca.

Luego el dolor empezó a descender hacia la marca horizontal sobre la espalda, pero casi en seguida el segundo golpe arrasó al primer dolor de su trayecto, para instalarse sobre el cuerpo tembloroso apenas sostenido por las piernas que temblaban.

El tercer golpe que se inició, cuando el arreador se separó de la piel retrocediendo en su necesidad de espacio como buscando en la distancia y en la altura la distancia y la altura necesarias para aumentar el peso de esa violencia que ahora bajaba acortando la distancia, la altura y el espacio,

hasta detenerse en el chasquido sobre el chico que después caería boca abajo sobre el suelo.

—¿Quién te mandó?

El arreador se levantó nuevamente, pero sólo a la altura de la mesa donde quedó tirado y quieto como algo ya inútil y superado.

—Entonces por qué trataste de soltado.

—No sé.

Después hablaron.

—Podés irte —le dijo más tarde.

Esa noche la mirada del chico en la cocina de su casa, recorrió los objetos que la luz del farol recortaba sobre la pared, después volvió al plato, donde la sopa se enfriaba con la cuchara indolente sumergida en la superficie apenas alterada por los fideos que mantenían algo del movimiento que el chico les había provocado, mientras su madre —la mujer cuya escasa cintura apretada por las tiras del delantal se quebraba con gracia en ese momento sobre la mesa con el cucharón desbordante en la mano— le decía:

—No terminaste, ¿qué te pasa?

—Nada —dijo el chico pero su madre se había acercado con la preocupación solícita que hacía años desplegaba sobre él, desde el día mismo en que el médico del pueblo le había dicho «Es un varón, Luisa» con el mismo tono con que un mes antes le había dicho «Tu marido ha muerto, Luisa» a ella, que ahora once años más tarde retiraba la mano horrorizada de la espalda de su hijo y decía:

—La espalda... la... tenés la camisa empapada de sangre.

Mientras lo curaba lloró de indignación y repetía:

—Tenés que decirme quién fue, tenés que decirme.

Y la cabeza del chico, con sus movimientos de derecha a izquierda sobre esos hombros en donde el extremo de una de las cicatrices avanzaba oblicua hacia la nuca, mientras las manos, las solícitas preocupadas e indignadas manos de su madre, revoloteaban sobre la espalda dolorida como pájaros alborotados ante un nido recién destruido, pero que al día siguiente, se mantendrían sobre sus muslos ordenados sentada frente al comisario mientras decía:

—... no me quiere decir quién le pegó.

Y el chico junto a su madre con la mirada hacia abajo sin animarse a levantar los ojos y escuchando las palabras.

—¿Cómo se llama su hijo?

—Lucas como el padre.

Y el comisario, el hombre que ella había visto pasar por la calle principal como un heraldo del dolor, de la muerte, del miedo, el hombre que habría pronunciado desde su llegada al pueblo un número de palabras casi menor que las balas disparadas por el cañón de su winchester, el hombre cuya mirada ella había rehuido el primer día como evitando la profanación de ese futuro que su pasado ya había estipulado, el hombre cuyo nombre todos ignoraban, se había parado frente a su hijo y le decía:

—Yo me llamo Demetrio también como mi padre.

* * *

Cuando ese día salieron de la comisaría Luisa miró a Lucas que caminaba a su lado como abstraído. Le pareció que sonreía, entonces pensó en lo que tenía que decir y después lo dijo:

—Lucas —tuvo que repetir su nombre dos veces más y recién él le contestó.

—¿Qué?

—Lucas, esos hombres así como el comisario... son como distintos a uno... son...

—¿Qué?

—Son distintos. Son distintos a Don Eloy y a Francisco y a tu tío Oscar.

—Ya sé.

—Lo que te quiero decir es que no me gustaría que vos fueras así cuando seas grande. «Qué estoy diciendo», tal vez pensó, «no me puede entender si yo misma no me entiendo, pero prosiguió»: Los hombres así no tienen casa, viven en peligro, no pueden ser felices.

—¿Don Eloy es feliz? —preguntó Lucas.

—Sí... a su modo.

—¿Por qué?

—Tiene todo lo que quiere tener.

—¿Y él?

—¿El comisario?

—Sí.

—A la gente así no le gusta tener cosas.

—Tiene un winchester.

—Qué hay que tenga un winchester, mucha gente tiene un winchester, tu tío Oscar tiene uno.

—Es distinto.

—Sí es distinto.

Siguieron caminando y después Luisa prosiguió:

—¿Me vas a decir quién te pegó?

—No —dijo Lucas y los dos estaban ahora dentro de la casa, en el espacio familiar tal vez querido o tal vez no, limitado por las paredes vacías que lo, separaban del otro gran espacio, el enorme e ilimitado espacio de los cielos infinitos y de la tierra.

Después se callaron, y Luisa pensó que más tarde iba a llorar, cuando estuviese sola acostada en esa cama en donde la respiración de ella y su marido se había aquietado doce años antes, luego de la momentánea agitación que la especie empeñada en subsistir imponía a sus miembros, y que estos cumplían, con esa serie de movimientos, de abrazos, de posiciones, como dos seres luchando en el borde mismo de los siglos y cuya consecuencia, ahora, el heredero y poseedor de ese símbolo de lucha, se encontraba ahí, frente a ella erguido en su rebeldía como el creyente enfrentando por primera vez la imagen de su Creador.

* * *

Llegaron de distintos lados y en distintos días.

Venían de la distancia en caballos mestizos con aperos de plata y buenas armas. Surgieron ahí, después de alguna noche, o al caer de alguna tarde, o en una de esas madrugadas frías en que el pueblo entumecido demoraba su despertar, mientras las sombras débiles de las cosas se extendían hacia el oeste sobre el sol.

El primero que llegó, era un hombre aindiado serio y enjuto casi del mismo color que el lobuno que montaba, y que dejó atado frente a la comisaría, después de bolear la pierna sobre su anca quebrando esa unidad caballo-hombre como si se hubiese separado en dos partes un juguete muy manoseado quedando una de las partes abandonada sobre el polvo mientras la otra entraba en la comisaría seguida por el tintineo de las espuelas grandes.

El segundo viajaba con tropilla, y surgió un día entre la niebla sobre la escarcha y a la vista del pueblo que lo miraba. Acampó en las afueras, y ya esa tarde dejó tendido un lazo entre dos molles para que la tropilla formase tras la orden de esa voz, tan suave como los movimientos que lo llevarían esa noche a la comisaría, no por la calle principal sino por detrás de las casas, como buscando el amparo de una sombra a una hora en que todo el pueblo era una sombra, sobre la sombra del desierto oscurecido.

Después llegó otro. Vino al galope como preocupado por una tardanza, y dejó caer las riendas y el cabresto que tocaron el suelo casi al mismo tiempo que la suela de sus botas, y entró en la comisaría con un Remington recortado en la mano izquierda, mientras el caballo se mantenía inmóvil como dependiente de una autoridad no dependiente de las riendas y el cabresto que colgaban hacia abajo, sino de ese hombre, que junto con los otros hombres, oirían del comisario las palabras:

—Los mandé llamar por... y tal vez dijo:

—... porque el pueblo ya es mío y necesito gente para los puestos claves; acá hay mucha plata va a alcanzar para todos.

O tal vez no dijo en absoluto esas palabras, en cambio puede ser que dijera:

—... porque yo soy el comisario y no quiero ver a ninguno de ustedes en el pueblo.

Pero cualquiera que hayan sido sus palabras, las primeras las lógicas y esperadas palabras que su padre le había dejado como herencia junto con el pueblo de Leona Muerta, o las segundas, las lógicas y esperadas palabras que su padre le había dejado de herencia junto con el pueblo de Leona Muerta, fueron oídas por Lucas —el que sería heredero del gesto del

hombre que sin saberlo también había heredado un gesto— a través de la puerta entreabierta que daba sobre el pasillo.

Tal vez uno de los hombres vio a Lucas y trató de eliminar al testigo de sus proyectos sin saber que el comisario lo iba a defender. Tal vez ninguno vio a Lucas y simplemente contestaron con sus armas las palabras del comisario. Pero lo cierto es que un instante después, el cuarto pareció demasiado chico para el estruendo de los balazos, y entonces fue el sonido, y el humo de los disparos, y los gritos de dolor y los de la furia desbordando las paredes cuyos revoques destrozados por el plomo de las balas caían sobre las vidas sobre las muertes, sobre la sangre que ya empapaba las ropas, sobre el cuchillo que uno de los hombres manoteaba infructuosamente tratando de arrancarlo del borboteo de su garganta, sobre los ojos de alguno vueltos hacia arriba ya ausentes ya invulnerables, sobre una respiración que apenas continuaba, sobre alguna mano dócil junto a un arma quieta, mientras la otra mano encrespada parecía la furia de una protesta inmovilizada junto a una herida.

Entre el tumulto de los cuerpos extendidos ahora era la quietud, que pareció descender hacia el suelo que acogía indiferente el retorno, el fin de la lucha, de la rebeldía, de la erguida verticalidad del hombre atado a su sombra horizontal sobre la tierra, y hasta el ronquido del comisario bajó lentamente hacia la boca que lo producía, quedando un rato demorado sobre la saliva blanca de los labios para luego entrar en ese pecho donde los latidos recién entonces se acallaron.

Ahora y acá, a más de cincuenta años de ese chico, hincado, lloroso y asustado, mirando el cuerpo de un hombre entre los cuerpos, nosotros los que miramos, los que somos mirados.



DALMIRO ANTONIO SÁENZ (Buenos Aires, 13 de junio de 1926 - ibídem, 11 de septiembre de 2016) fue un escritor y dramaturgo argentino. Se convirtió en un autor reconocido a partir de la publicación del libro «Setenta veces siete», un premiado best seller que, al igual que muchas otras obras de su autoría, tuvo su versión cinematográfica.

Comenzó su actividad literaria tempranamente, y publicó a los 30 años, luego de viajar en buque por la Patagonia varias temporadas (lugar donde se instalaría por casi 15 años y donde ocurren sus primeros libros de cuentos) *Setenta veces siete*, que ganó el prestigioso Premio de la Editorial Emecé y se convirtió en un best-seller, apoyado en una visión violenta, sexual y de sólidos preceptos y cuestionamientos morales sobre la religión, que se convertirían en el sello de Sáenz por varios años (Los críticos coinciden en señalar que un eje religioso atraviesa siempre las historias del autor, ya sea a través de uno de sus personajes, o como en *Cristo de Pie* donde se ve su religiosidad en polémica con la religión del establishment,

en contraposición con el diálogo individual que el personaje hace con Dios).

Tiempo después participó de la adaptación del guión para la pantalla grande de dos de sus historias de *Setenta veces siete* que se unieron para armar la trama de la película homónima que dirigió Leopoldo Torre Nilsson (1962).

Luego de este comienzo Sáenz ganó el Premio del Magazine LIFE en español, en 1963, con su libro de cuentos *No*.

El mismo año ganó el Premio Argentores (Sociedad Argentina de Autores) con *Treinta, treinta*, un cuento planteado a la manera de los western americanos, pero situado en la Patagonia.

Al año siguiente publicó en la Editorial Emecé *El pecado necesario*, novela que luego adaptó para hacer el guión de su versión fílmica, retitulada como *Nadie oyó gritar a Cecilio Fuentes*, dirigida por Fernando Siro y ganadora de la Concha de Plata en el Festival Internacional de Cine de San Sebastián, España (1965).

Luego comenzó a escribir teatro y enseguida fue premiado con el Premio Casa de las Américas, en Cuba, en 1966 con *Hip Hip Ufa* luego publicado por la Editorial Emecé. Luego también adaptado por el autor para el cine con el título de *Ufa con el sexo* y la dirección de Rodolfo Kuhn en 1972; y luego nuevamente vuelta a adaptar junto a Pablo Silva en la pieza teatral retitulada *Sexo, mentiras y dinero*.

Sáenz entre libro y libro y según sus declaraciones, se tomaba vacaciones literarias, escribiendo pequeños libros de humor, que tuvieron mucho éxito. Entre ellos, cabe destacar *Yo también fui un espermatozoide* en la Editorial Torres Agüero.

Luego comenzó una descripción íntima y detallada del universo femenino, con una visión sorprendente y original, que se transformó velozmente en best-seller con el título de *Carta abierta a mi futura exmujer* publicada por la Editorial Emecé en 1968, y reeditada varias veces, hasta la versión de 1999. Sáenz es un autor que capta la esencia de la sensibilidad femenina, personajes a los cuales trata con especial ternura, dicen los especialistas.

Su siguiente obra teatral *Quién yo?* publicada en 1969, y reeditada por Gárgola Ediciones en 2004, fue representada casi sin interrupciones desde su publicación, convirtiéndose en un clásico del absurdo de la escena teatral argentina. También trabajó como guionista cinematográfico, escribiendo varios títulos, entre ellos uno para el actor cómico Luis Sandrini, en el film *Kuma-ching* bajo la dirección de Daniel Tinayre.

Cuando sucedió la dictadura militar argentina 1976-1983 Sáenz recibe amenazas de muerte y debe abandonar el país, hacia el exilio, y luego de una recorrida se instala en Punta del Este, Uruguay. No escribe durante ese período.

Vuelve a las letras en 1983 con una novela histórica *El Argentinazo* y gana la Faja de Honor de la S.A.D.E. (Sociedad Argentina de Escritores) que luego se convertiría en una obra teatral, en la que trabaja en su adaptación con Sr. Francisco Javier, también director de la pieza, montada con su grupo Los Volatineros, en el teatro Nacional Cervantes en 1985.

Luego retoma las historias policiales, ya insinuadas en sus cuentos, con *Sobre sus párpados abiertos caminaba una mosca* una nouvelle de 1986, que también da origen a una nueva versión teatral de la misma, escrita por Sáenz y titulada *Las boludas*, que luego es llevada al cine, y *El sátiro de la carcajada* basada en hechos reales.

Luego se dedica a investigar, en asociación con el Dr. Alberto Cormillot, los manuscritos del mar Muerto y la figura de Jesus Cristo. Viajan por Israel, Egipto, Nueva York, entrevistando personalidades referidas al tema, y todo desemboca en la publicación del libro *Cristo de pie* (Editorial Planeta 1995 y 1998).

Sáenz continúa su particular y poética visión de los caudillos argentinos con sus novelas históricas *La Patria equivocada* (Editorial Planeta, 1991), *Malón Blanco* (Ed. Emecé 1995) y *Mis olvidos / o lo que no dijo el General Paz en sus memorias* (de 1998, Editorial Sudamericana).

Luego publica *Como ser escritor* (2004) con algunas fórmulas sobre como escribió sus mejores cuentos, y la novela *Pastor de murciélagos* (Gárgola Ediciones, 2005).

Muchos de sus trabajos han sido traducidos y publicados en diferentes idiomas, y sus cuentos integran numerosas recopilaciones, entre ellas *Latin Blood* de Donald Yates (The best crimes and detective stories of South America / Editorial Herder and Herder New York 1972); o *Los mejores relatos patagónicos* de Maria Correas y Cristian Aliaga, Editorial Ameghino Buenos Aires 1988, entre otros.

Vivió los últimos años de su vida en Buenos Aires (Argentina), donde trabajó como escritor, coordinó un taller literario y también hacía comentarios culturales en programas de radio, además de escribir artículos en forma free-lance para los mas prestigiosos diarios y revistas.

OceanofPDF.com